

4413

ADMINISTRACIÓN  
LIRICO-DRAMATICA

---

---

# A ESTRELLA DE LOS SALONES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARIANO DE VELA Y MAESTRE



MADRID  
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO

1892

12



LA ESTRELLA DE LOS SALONES

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---



# LA ESTRELLA DE LOS SALONES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARIANO DE VELA Y MAESTRE

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 19  
de Noviembre de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

100  
100

# *A mi madre*

---

*Ya está dicho todo para un hijo*

*El Autor*



A los señores

D. Manuel Tamayo y Baus

Y

D. Emilio Mario

---

*Antigua y sagrada promesa me impide dedicar á ustedes esta mi primera obra dramática. Pero por ustedes es cristiana. Bajo su amparo, y hasta llevada en sus brazos, llegó al templo del arte y recibió solemnemente el agua del bautismo. Mi deseo sería que su ahijada fuese una criatura perfecta; pero si, á lo menos, tiene figura corporal escénica, espíritu sano y tendencias artísticas; si no es una sabandija literaria que asoma descaradamente la cabeza por entre los olvidados sillares de nuestro glorioso Teatro; si algo vale, y aunque nada valga, permutan ustedes que se honre llevando sus nombres, ya que no por bella, por agradecida.*

*Y como las honras que se dispensan á estos hijos son las que más directamente honran al padre, yo, que les estoy tan obligado, ruego á ustedes vean en estos renglones la expresión sincera de mi profundo reconocimiento.*

Mariano de Vela y Maestre



# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ROSALÍA.....	SRTA. GUERRERO.
LAURA.....	MARTÍNEZ.
MERCEDES.....	SRA. ALVERÁ.
CONDESA DE LA RÍA.....	GARCÍA (1).
UNA DONCELLA.....	SRTA. CONCE.
CARLOS.....	SR. THULLER.
DON JUAN.....	MARIO.
MARQUÉS DEL VALLE.....	CEPILLO.
ALTAVIDA.....	BALAGUER.
BARÓN DEL SOTO.....	GARCÍA ORTEGA.
BARÓN DEL COTO.....	PONZANO.
PERIÓDISTA 1.º.....	REQUEJO.
IDEM 2.º.....	MOBALES.
IDEM 3.º.....	GIL.
UN CRIADO.....	URQUIJO.
LACAYO.....	ROMEA.

~~~~~

**Epoca presente**

---

(1) Por enfermedad de la Sra. García se encargó de este papel, á la quinta representación, sin preparación alguna, la Srta. Cancio, por lo que el autor se complace en darle las gracias.

# ACTO PRIMERO



Saloncito de confianza en casa de D. Juan. Puerta al fondo y cuatro laterales; las del segundo término figuran dar á la sala de billar y al despacho. Muebles adecuados y de gusto severo. Dos pannels con armas antiguas, adornando, con otros objetos artísticos, las paredes del fondo.

## ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, LAURA y MERCEDES, con elegantes trajes de casa.  
Al final una DONCELLA

Ros. La una y media, y la modista sin venir... ¡Oh, qué fastidio!... Y me ofreció que á las doce tendría aquí los vestidos...

MERC. Ella es buena; pero, en cambio, para tardar es un siglo.

Ros. ¿Y qué me pongo esta tarde?

LAURA No faltará. Bien bonito es el de color de rosa...

Ros. Sí; pero está deslucido.

LAURA ¡Deslucido. y te lo has puesto cuatro veces!...

Ros. Ya está visto; y las cosas vistas, Laura, no impresionan. Ayer mismo lo llevé.

LAURA Puedes ponerte algún otro.

Ros. Son antiguos.

- LAURA De este año todos.  
ROS. Pero, hoy...  
hoy tenía yo capricho  
por estrenar. Esta tarde  
hay ocasión de lucirlos,  
como sabes, en la quinta  
de la Marquesa del Río,  
que en eso de novedades  
fija todo su prurito.
- LAURA ¿Y qué hacer si la modista  
no los tiene concluídos?  
Ponerse otros.
- MERC. ¿Ponerse otros?
- LAURA Sí, tía; es lo más sencillo.
- ROS. Aún es posible que venga.
- MERC. Si no viene, la despido.  
¿Está bien que por su causa  
nos pongamos en ridículo?
- ROS. Cierto, mamá.
- LAURA Rosalía,  
te estás quejando de vicio;  
pues, gracias á Dios, tenemos  
no uno, muchos vestidos.
- ROS. No me quejo; pero pronto  
vendrá el Marqués.
- MERC. ¿El sobrino?
- ROS. Viene para acompañarnos  
á la quinta.
- MERC. ¡Qué cumplido!
- ROS. ¡Oh, mucho!
- MERC. Anoche en el Real  
estuvo hablando contigo  
con un interés...
- ROS. De amor.
- MERC. ¿Te quiere?
- ROS. Así me lo dijo.
- MERC. ¿Y tú?
- ROS. Yo... le dí esperanzas...  
le prometí decidirlo.
- LAURA ¿Y Carlos?
- ROS. ¿Carlos?
- LAURA ¿No tienes  
contraído compromiso  
con él, hace mucho tiempo?

¿No le escribes? ¿No te ha escrito,  
como siempre, cariñoso?

ROS. Sí; pero, Carlos no es título.

MERC. Es tan sólo un abogado,  
y un abogado novicio.

ROS. ¡Vaya un porvenir!

LAURA ¡Quién sabe!...

ROS. Llegar á juez de un distrito,  
vivir en un mal poblacho,  
ó enterrarse, que es lo mismo;  
y—á lo sumo—cuando ya  
no tiene el mundo atractivos,  
ser magistrado de Audiencia  
ó del Supremo... Yo aspiro  
á mucho más. Carlos pudo  
ser para mí un buen partido  
en el pueblo, porque yo  
entonces no había visto  
el mundo; pero hoy las cosas  
han tomado otro camino,  
y yo puedo ser marquesa...

MERC. Otras con menos motivo  
lo son.

ROS. Claro.

MERC. No te dejes  
llevar del idealismo.

Tú eres más que regular,  
y á la sombra de tu tío...

ROS. Carlos es poco.

MERC. Muy poco.

ROS. Con el Marqués realizo  
mis sueños, y seré rica  
y admirada. Yo he nacido  
para el gran mundo; yo quiero  
brillar, lucir en los círculos  
aristocráticos...

MERC. Justo.

ROS. Satisfacer mis caprichos;  
ser la reina de la moda  
y tener trenes magníficos,  
y palco en el Español,  
y en la Comedia, en el Circo  
y en el Real... ¡Oh, sobre todo  
en el Real!... ¡Allí respiro!

¡Allí parece que mi alma  
se ensancha!...

MERC. Lo mismo digo.

LAURA A mí me gusta todo eso,  
no lo niego; pero estimo  
que vale más la tranquila  
calma del hogar, el íntimo  
consorcio que une dos almas  
con los lazos del cariño...  
la incomparable ventura  
del amor...

ROS. ¡Oh, qué bonito!  
Esas son las teorías  
del rancio romanticismo;  
y hoy lo romántico es cursi,  
y más que cursi, ridículo.

LAURA Es verdad; en estos tiempos,  
fuera de lo positivo,  
no hay nada.

ROS. Pues claro está;  
pasaron los quijotismos.  
Sólo los seres vulgares  
se casan ya por cariño;  
los demás... Sin ir más lejos,  
¿a que tú, y con más motivo,  
no te casabas con Carlos?

LAURA Si me amase... ¿Que no es rico?  
¿Qué importa, si en su talento  
tiene un tesoro?

MERC. Escondido.

LAURA Y en su alma otro tesoro  
de bondad.

ROS. Carlos es listo  
y bueno, es verdad.

LAURA ¡Oh, mucho!

¡Como pocos!

ROS. Con qué ahinco  
abogas por él.

LAURA Abogo,  
porque al fin es un amigo  
de la niñez, y le quiero  
cual si fuera hermano mío.

ROS. En fin, si tanto le quieres,  
te lo cedo.



LAURA No le admito.  
Carlos no me ama. El amor  
no se cede; no es artículo  
de comercio, Rosalía;  
es algo más grande y digno.  
ROS. Pero, ¿á qué hablar de ese asunto?...  
Mas ¡qué tarde ya, Dios mío!..  
DONC. Señora, *madame Renaud*,  
que viene con los vestidos.  
ROS. ¡Gracias á Dios! Vamos.  
MERC. Vamos.  
(Cuando van á salir, aparece don Juan, y se detienen  
un momento.)

## ESCENA II

DICHAS y DON JUAN, con batín

D. JUAN ¿Dónde tan de prisa?  
ROS. Tío,  
á ponernos unos trajes.  
D. JUAN ¡Siempre pensando en lo mismo!  
MERC. Vamos, Laura.  
D. JUAN Anda, hija mía.  
LAURA ¡Oh! Yo no tengo capricho...

## ESCENA III

DON JUAN y EL CRIADO

CRIADO Señor...  
D. JUAN ¿Qué hay?  
CRIADO Un caballero.  
D. JUAN ¿Dijo su nombre?  
CRIADO Don Carlos  
Aguilar.  
D. JUAN ¿Aguilar? ¡Oh!..  
¡Quién había de pensarlo!  
No le detengas; que pase,  
que pase al momento... ¡Carlos!..  
(Llegándose á la puerta y llamándole.)

ESCENA IV

DON JUAN y CARLOS

CARLOS ¡Don Juan!... ¡Señor duque!...  
D. JUAN ¡Bah!  
¡Qué duque, ni qué ocho cuartos!  
Yo soy siempre el mismo. ¿Qué haces  
que no me das un abrazo?

CARLOS Sí, señor, sí.  
D. JUAN ¡Aprieta... aprieta!  
¡Fuerte, señor abogado!  
¡No faltaba más!... Pues, ¿qué,  
porque tenga dos ochavos,  
y sea duque, presumes  
que vaya á ser como tantos  
necios que andan por el mundo?  
No, señor; siempre tan llano.  
Para tí «Don Juan» á secas.

CARLOS ¡Vaya, hombre, vava con Carlos!  
¿Y su hermana? ¿Y Rosalía?  
¿Y Laura?

D. JUAN En perfecto estado  
de salud.

CARLOS Igual que usted.  
Por usted no pasan años.

D. JUAN No pasarán; pero, chico,  
me hago viejo sin pensarlo.  
¿Quién te conoce? Estás hecho  
un hombre.

CARLOS Veintinueve años.

D. JUAN ¡Si te viese ahora tu padre!  
Eran sus sueños dorados.

CARLOS ¡Pobre padre!

D. JUAN ¡Pobre amigo! (Pausa ligera.)  
Siéntate. (Se sientan.) ¿Cuándo has llegado?  
Esta mañana.

CARLOS ¿Y qué asuntos  
D. JUAN te traen aquí?

CARLOS Como el pájaro,  
al verse libre y con alas,  
deja el reducido espacio

de su nido, así también  
yo, que ambiciono ser algo,  
dejó mi pueblo y mi casa  
para volar.

D. JUAN  
CARLOS

Bien pensado.

Una vez muertos mis padres,  
¿qué hacía allí sin los lazos  
de una familia? Morirme  
de tristeza, vegetando  
entre las cuatro paredes  
de mi hogar. Madrid es campo  
anchísimo para el hombre  
que tiene fe en el trabajo  
y en el estudio. Mis bienes,  
ya lo sabe usted, aunque escasos,  
dan la suficiente renta  
para atender á los gastos  
precisos de una persona,  
sin lujos ni despilfarros.  
Con eso puedo vivir  
modestamente, hasta tanto  
que pueda yo en mi carrera  
darme á conocer. Lo malo  
es que para cada pleito  
hay diez ó doce abogados,  
y que en Madrid sólo privan  
diez ó doce. Mas mirándolo  
con detención, todos ellos  
igual que yo principiaron.  
Por otra parte, yo aspiro  
á merecer los aplausos  
de un público y los honores  
de la escena en el teatro.  
Yo ambiciono que algún día  
me aplaudan todas las manos,  
movidas por el resorte  
del eléctrico entusiasmo,  
y que mi nombre traspase  
la esfera de lo ignorado.  
Ya sé que hoy es muy difícil  
escribir para el teatro  
si las obras han de ser  
dignas de este siglo, y marco  
grandioso donde se encierre

de la humana vida el cuadro.  
No se me esconde tampoco  
que para eso es necesario  
un talento esclarecido  
y un conocimiento exacto  
de la sociedad, que sólo  
la experiencia puede darlo.  
Es verdad; mas yo no debo  
—por la esperanza alentado—  
matar mis inclinaciones  
y cejar en mis trabajos,  
mientras un público justo  
no me pruebe lo contrario.  
Por eso, más que por nada,  
me decidí, al fin y al cabo,  
á trasladarme á la corte,  
á mi porvenir mirando.  
(Y por ver á Rosalía.  
¿Dónde estará?)

D. JUAN

Muy bien, Carlos.

¡Adelante! Ese es el lema  
del entendimiento humano.  
El hombre debe seguir  
sin vacilar, paso á paso,  
el camino que le tracen  
sus inclinaciones. ¡Cuántos  
por tomar distinta ruta  
se extravían sin pensarlo!  
¿Quién sabe lo que la suerte  
le tiene á uno reservado?  
Sin ir más lejos, en mí  
tienes un espejo claro.  
Aunque en mi casa no estaban  
los recursos muy sobrados,  
mis padres, que me querían...  
como padres, me mandaron  
á Madrid á que me hiciera  
ó médico ó boticario,  
con la intención de que luego  
me estableciese á su lado.  
Me matriculé en Farmacia,  
y aún no conc'uído el año  
comprendí que yo no había  
nacido para los tarros,

y, en cambio, me entusiasmaba  
cuando leía el relato  
de una sesión borrascosa  
del Congreso ó del Senado.  
Así es que al volver á casa,  
mi padre oyó de mis labios  
que en vez de ser farmacéutico  
quería ser abogado.  
Y aunque no le sentó bien  
mi resolución, al cabo,  
después de muchas palabras  
y de repetirle tanto  
la misma cosa, accedió;  
y á la vuelta de unos años  
me ví doctor en Derecho,  
de la prensa, y afiliado  
al partido progresista,  
siendo en él uno de tantos.  
Mas cátrate que se arma  
la revolución; triunfamos,  
y al hacer las elecciones  
me hacen á mí diputado;  
y por cierto discursillo,  
que dicen que no fué malo,  
sin saber cómo y por dónde,  
me nombran Subsecretario.  
«Ya tiene usted á Periquito  
hecho fraile.» Gobernamos  
como Dios nos dió á entender  
un poco tiempo, implantando  
las reformas liberales,  
y cual subimos bajamos.  
Entonces, ya se sabía:  
el gobierno, bueno ó malo,  
no había qué preguntar  
de qué moría. Era claro:  
siempre moría lo mismo...  
suavemente... á cañonazos.  
Como yo era hombre importante,  
á lo menos por mi cargo,  
tomé las de Villadiego,  
y acerté, pues me emigraron  
con unos cuantos colegas  
de ministerio, y pasamos



las de Dios es Cristo en Francia  
y en Inglaterra, viajando  
á la fuerza, y muchas veces  
casi, casi sin un cuarto.  
Gracias que yo dejé á Laura,  
mi unigénita, al cuidado  
de mi hermana, que vivía  
en tu pueblo, y mis trabajos  
me los pasaba yo solo,  
que si no... Pero pasaron  
aquellos tiempos. Se armó  
la zancadilla; tornamos,  
y de buenas á primeras  
me hacen ministro de Estado.  
Ministro, sí; era preciso  
dar el empleo inmediato,  
y á mí me tocó cartera  
y no embajada. Mi cargo,  
cual un problema, llegó  
con todos sus corolarios.  
Ya tú sabes las costumbres  
diplomáticas. Tratado  
de comercio, una gran cruz;  
de extradición, otra al canto;  
y así, sucesivamente,  
me hicieron todo un calvario,  
pues, sin querer, unos y otros  
al toma y daca jugábamos.  
Y como cuando se empeña  
la fortuna en dar su mano  
á un favorecido, entonces  
suele derramar el cántaro,  
por cumplir con mi deber  
nada más, llevando á cabo,  
á pesar de los pesares,  
un negocio diplomático,  
me hicieron grande de España  
y duque. ¿Ves? Ata cabos.  
¡Quién había de decirle  
al presunto boticario  
que iba á ser ministro y duque,  
y hoy en día jefe nato  
del partido liberal...  
No hay que darle vueltas, Carlos:

—«Fortuna te dé Dios, hijo» —  
dice el refrán castellano.

CARLOS

No sea usted tan modesto,  
don Juan, porque en este caso  
no fué su fortuna todo,  
sino su talento.

D. JUAN

¡Cuántos  
talentos no llegan nunca  
á ser oficiales cuartos!  
Algo influye; pero, chico,  
«el que nace para ochavo...»  
En fin, de cualquier manera  
debo decirte, que aplaudo  
tu resolución. Me alegro  
que te hayas adelantado,  
porque pensaba escribirte  
para que vinieras. Algo  
puedo hoy, por más que los míos  
estén ahora relegados,  
y cuando vengan... entonces...  
Por de pronto, en el teatro  
se harán tus obras, si valen,  
que creo que sí. A mi cargo  
queda el asunto, descuida.  
¿Ves? La suerte... Has tropezado  
con un padrino, y se harán...

CARLOS

D. JUAN

¡Oh, gracias!  
De lo contrario,  
es posible que durmieran  
el sueño eterno años y años.  
Te presentaré en los círculos  
de los buenos literatos  
y la buena sociedad;  
tendrás plaza en un diario;  
cuando haya unas elecciones  
te presentas diputado;  
sales, porque en el distrito  
no pueden meternos mano,  
y ya te he puesto la escala  
para ascender al pináculo.  
¡Qué bueno es usted!

CARLOS

D. JUAN

¿Yo bueno?  
No lo creas. Yo no hago  
sino cumplir un deber



D. JUAN

Muchas gracias.  
Marqués, mi amigo don Carlos  
Aguilar, de cuyo padre  
más que amigo era yo hermano.  
El señor Marqués de... diez  
ó doce títulos varios.  
«Del Valle» es el más corriente,  
¿verdad? el de uso diario.

MARQ.

Hasta hoy no he tenido el gusto  
de ver á usted.

CARLOS

No es extraño.  
Aunque mis estudios hice  
en Madrid, no he frecuentado  
el mundo que usted frecuenta.  
Son más modestos mi rango  
y mi fortuna. Después  
estuve ausente unos años,  
y hoy vuelvo «á la gran colmena»  
para ver si en ella labro  
mi porción de miel, pues tengo  
que ser abeja.

MARQ.

¡Ah, sí, vamos!...  
¿Viene usted de una provincia?

CARLOS

Sí, señor, soy provinciano.

MARQ.

¿Y pretenderá un destino?

D. JUAN

No, Marqués, pica más alto.

MARQ.

¡Ah!

D. JUAN

Como en España todos  
pretenden ser empleados,  
creyó usted... Si no me extraña.  
No acertó usted por milagro.  
Siéntate, Carlos. Marqués...  
(Se sientan.)

Pues aquí, mi amigo Carlos,  
tiene también varios títulos.

MARQ.

¡Ah, es noble!...

D. JUAN

Sí. Es abogado,  
doctor en filosofía,  
será pronto autor dramático...

CARLOS

Y gracias á las ideas  
modernas, que se abren paso  
como la luz, á pesar  
de antiguos principios rancios,  
todo hombre, sólo por serlo,

es noble, cuando es honrado;  
y entre todas las noblezas,  
creo, y á ninguna agravio,  
que ocupa el primer lugar  
la nobleza del trabajo.

D. JUAN  
MARQ.

Eso creo yo.

Pues yo  
no me dejo llevar tanto  
por las modernas corrientes  
de este siglo igualitario.  
Yo creo, sí, que la ciencia  
vale mucho; que el trabajo  
es noble, hasta cierto punto...  
Pero, amigo, yo no paso  
por ciertas cosas. Nosotros,  
los nobles de cierto rango,  
estamos muy por encima  
del vulgo ignorante.

D. JUAN  
CARLOS

O sabio.

Para mí la aristocracia  
no debe estar, ni debajo,  
ni encima del pueblo. Está...  
debiera estar á su lado.  
Y no es que yo tenga en poco  
los títulos nobiliarios,  
bien sea que simbolicen  
en sus blasones heráldicos  
los méritos del presente  
ó las glorias del pasado.

(Señalando á don Juan y al Marqués respectivamente.)

## ESCENA VI

DICHOS y MERCEDES

MERC.  
MARQ.

¿Qué tal, Marqués?

¡Oh, señora!...

Ya pregunté por ustedes.

D. JUAN  
MERC.

¿No has visto á Carlos, Mercedes?

¡A Carlos!... Le veo ahora.

CARLOS

¡Tú en Madrid!... ¿Cómo te va?

Ya sé que ustedes también  
se encuentran bien.

MERC.

¡Oh, muy bien!



¿Y qué te trae por acá?  
¿Vendrás para poco tiempo?  
Pienso establecerme aquí.

CARLOS

MERC.

CARLOS

(Lo dice así,  
de un modo!...)

MERC.

D. JUAN

MERC.

(¡Qué contratiempo!)

Y esas chicas, ¿qué hacen?

¡Oh!...

Rosalía está ocupada  
en su tocado.

D. JUAN

CARLOS

¡Ahí es nada!  
(¡Si supiera que estoy yo  
esperándola! ..)

MERC.

Marqués,  
¿qué hace usted que no se sienta?

MARQ.

¿Qué hay de nuevo? ¿Qué me cuenta?

Dos desafíos ó tres  
concertados en el Real  
mientras cantaban la *Norma*.

MERC.

MARQ.

¿Y por qué?

Cuestión de forma,  
ó cuestión matrimonial.  
Que uno pisó inadvertido  
un vestido...

D. JUAN

¿Sí?... ¡Qué horror!  
¡Vaya un crimen!

MARQ.

D. JUAN

MARQ.

El honor...

En la cola de un vestido.

Que á una mujer miró un tal,  
y el marido...

D. JUAN

MARQ.

D. JUAN

¡Bah!... ¿Y por eso?...

Dicen que fué con exceso.

¡Que la meta en un fanal!

¡Pues, señor, es gran manía  
que tenga uno que batirse  
por mirar, por sonreirse  
ó por cualquier tontería!

MARQ.

D. JUAN

Es que el honor...

El honor  
pierde siempre más que gana  
en esos lances. Mañana  
el mundo murmurador  
lleva de aquí para allí,

sin respeto, ciertos nombres,  
pues supone que los hombres  
no se matan *porque sí*.  
Hay casos de gravedad,  
y entonces los hombres cultos  
deben batirse. Hay insultos  
que piden sangre...

CARLOS Es verdad.

D. JUAN Pero batirse por nada  
ni es honradez ni valor..  
¡Eso es tener el honor  
en la punta de una espada!  
¿Y se dijo?...

MERC.

MARQ.

Desde ayer,  
mejor dicho, desde anoche,  
—por supuesto *sotto voce*...

D. JUAN

MARQ.

¡Ya comenzaba á correr!  
Se oyeron cosas muy buenas  
en círculos y corrillos...

D. JUAN

¡La calumnia, á dos carrillos,  
devorando honras ajenas!

MERC.

Con tanta conversación  
estás sin vestirme aún.

CARLOS

D. JUAN

Por mí... (Levantándose.)

Ven. Puedes dar un  
vistazo á mi colección  
de cuadros, mientras me visto.

CARLOS

(A Mercedes.)

Hasta ahora. Señor Marqués...

MERC.

D. JUAN

No te olvides que después...

Bueno. Yo pronto estoy listo.

## ESCENA VII

MERCEDES y EL MARQUÉS

MARQ.

MERC.

¿Con que Rosalía?...

Está

vistiéndose; pronto viene.

MARQ.

No sabe usted lo que tiene  
con ella... ¡un tesoro!...

MERC.

MARQ.

No lo digo solo yo,  
ni lo dicen tres ni cuatro.

¡Bah!

Ayer mismo, en el teatro  
—no me dirá usted que no—  
todos, todos los gemelos  
se dirigían á ustedes,  
y,—lo confieso,—Mercedes,  
á mí me causaban celos.  
Celos... ¿por qué?...

MERC.

MARQ.

Porque hubiera  
querido que fuese vista  
sólo por mí...

MERC.

MARQ.

¡Qué egoísta!  
Egoísta á mi manera,  
porque también me halagaba  
que la mirasen... ¡Qué bella!  
Todos decían que era ella  
la que entre todas brillaba.  
Y á fé que razón tenían,  
porque estaba encantadora.  
—«¡No es tan hermosa la aurora!  
¡Oh, qué mujer!»—me decían.  
—¡No hay otra tan ideal!  
¡Como esa mujer no hay dos!»  
Eso decían... ¡Por Dios!...  
Usted exagera...

MERC.

MARQ.

No tal.  
En todas las reuniones  
por reina todos la aclaman.  
¿Sabe usted cómo la llaman?  
«La Estrella de los salones.»  
Y cierto noble español  
tanta luz encuentra en ella...  
que, no ya con una estrella,  
la compara con el sol.

MERC.

No en vano tiene usted fama  
de galante, y ..

MARQ.

Lo confieso:  
anoche me sorbió el seso.  
(Picó el pájaro en la rama.)  
No tanto, no tanto; usted  
vuela mucho...

MERC.

MARQ.

Sí, señora;  
pero ahora... pero ahora  
creo que he dado en la red.

MERC.

¡Quién lo creyera!...

ESCENA VIII

DICHOS y ROSALÍA

- ROS. Mamá...  
Adiós, Marqués. No sabía...  
¿Qué tal?
- MARQ. Yo estoy, Rosalía,  
siempre bien, donde usted está.  
Por eso cifro mi anhelo  
en lograr tanta ventura;  
que estar junto á la hermosura  
es estar cerca del cielo.
- MERC. Nada; siempre tan galante.
- MARQ. No es todo galantería.  
Ya lo sabe Rosalía...
- MERC. (Y yo también sé bastante.)  
(Retirándose y entreteniéndose para dejar que hablen  
Rosalía y el Marqués.)
- ROS. ¿Con que vamos á la quinta?
- MARQ. Así parece...
- ROS. Es hermosa,  
según dicen...
- MARQ. ¡Deliciosa!  
Hay que verla. ¡No se pinta!  
Mi tía ha invertido allí  
un caudal... mucho dinero...  
¿Usted será su heredero?
- MERC. No sé; presumo que sí.
- MARQ. Soy el único sobrino.
- MERC. Entonces, ¿qué duda cabe?  
Ya es vieja ¿verdad?
- MARQ. ¿Quién sabe  
su edad?... No soy adivino.
- MERC. Bien que usted no necesita...  
No está buena, según creo.
- MARQ. Sabe Dios que no deseo...
- MERC. ¡Ni yo, Marqués! ¡Pobrecita!
- MARQ. Sólo con la propiedad  
de la quinta que veremos... (Bajo á Rosalía.)  
Allí espero...
- ROS. (Idem al Marqués.) Allí hablaremos

- con entera libertad.  
MARQ. Ya deseo verme allí  
y me pesa la demora...  
ROS. Mamá...  
MERC. ¿Qué quieres?  
ROS. Ya es hora  
de que vayamos.  
MERC. Por mí...  
ROS. Será preciso llamarlos...  
Pero si Laura ya estaba...  
¿Y el tío?  
MERC. (Aparte á Rosalía.) Se me olvidaba  
decirte... Ha venido Carlos.  
ROS. ¿Ha venido Carlos?  
MERC. Sí.  
Marqués, vamos usted y yo  
á buscarlos, pues, si no...  
Le diré que estás aquí. (Aparte á Rosalía.)  
¿Vamos, Marqués?  
MARQ. Hasta ahora,  
Rosalía...  
ROS. Hasta después.  
MARQ. (A Mercedes, á quien habrá ofrecido el brazo.)  
Nada me cautiva... ¡Es  
ideal encantador!

## ESCENA IX

ROSALÍA

¡Carlos!... ¡Vaya un compromiso!...  
No me atrevía á escribirle,  
y ahora tendré que decirle...  
yo misma... Y será preciso  
hablarle con claridad...  
Carlos no me tiene cuenta ..  
Yo necesito una renta  
en la buena sociedad.  
El amor pasa, y después  
viene siempre... lo que viene...  
No hay duda: el que me conviene  
no es Carlos, sino el Marqués;  
y atiendo á mi conveniencia.

Cualquiera se haría cargo  
de esto mismo... ¡Y sin embargo,  
me remuerde la conciencia!  
Me pesa no haberle dicho  
por carta... ¿Y quién presumía...?  
Y me quiere... y le quería...  
Pero aquello fué un capricho...  
un juego de la niñez...  
nada, en suma... una ilusión...  
Carlos no está en posición.  
Hay que acabar de una vez.  
Es enojoso, en verdad...  
Dicen que donde hubo fuego,  
queda lumbre... Sí; más luego  
se toca la realidad.  
¡Temo decirle!... ¿Y qué hacer?...  
Pero, señor, ¿y qué importa?...  
A la larga, ó á la corta,  
lo tenía que saber...

## ESCENA X

ROSALÍA y CARLOS

CARLOS  
ROS.  
CARLOS

¡Rosalía!...

¡Carlos!

Sí;

Carlos, que mirarse ansía  
en tus ojos, pues vivía  
sin alma lejos de tí.

Carlos, que en este momento  
logra la mayor ventura,  
pues logra ver tu hermosura,  
y escuchar tu blando acento.

Carlos, en fin, que te adora  
más que nunca, ¡vida mía!

Pero, ¿no hablas, Rosalía?...  
¿No te alegras? ¿Qué traidora

causa podrá?... ¿Es esto un sueño?...  
¡Llegaste tan de improviso,  
sin dar avisol!...

Ros.

CARLOS

¿Y qué aviso  
mejor y más halagüeño?



ROS. ¿Qué tal el viaje?  
CARLOS ¡Muy bien!

¡Con felicidad entera!

ROS. Más vale así.

CARLOS ¡Más valiera  
que hubiese chocado el tren  
antes de llegar! ¡Cuán cierto  
y cuán triste, á un tiempo mismo,  
es que á veces el abismo  
se abre á la vista del puerto!  
¿Qué tal el viaje?... ¡Qué amante,  
y qué tierna y cariñosa!...  
¿No se te ocurrió otra cosa?  
¡Se te ocurrió lo bastante  
para herirme!

ROS. ¿Y qué querías  
que te dijera?

CARLOS ¡No acabes  
de matarme! ¡Ya no sabes  
decirme lo que sabías!  
Ya, y después de larga ausencia,  
para mí una eternidad,  
me acoges con frialdad  
y te enoja mi presencia.  
Ya no hablas, ó peor que eso,  
si hablas... me causas enojos ...  
¡Ya no me miran tus ojos  
con aquel dulce embeleso!  
¡Ya en ellos amor no arde  
como cuando á la ventana  
te veía la mañana  
y te encontraba la tarde  
mirándome! ¡Ahora me miras,  
y aquel fuego está apagado!  
¿Qué es eso? ¿Te ha envenenado  
la atmósfera que respiras?  
ROS. Aquello fué un juego.

CARLOS Si.

¡Un juego!... Tienes razón.  
¡Jugaba mi corazón...  
y mi corazón perdí!

ROS. Lo que sobran son mujeres.

CARLOS ¿Conque sobran?

ROS. Otra al puesto.



y contigo, no te ofendas,  
es menester que comprendas...

CARLOS Justo: que no te convengo.

ROS. No faltará otra mujer  
que te quiera.

CARLOS ¡Oh, sí; descuidal!

ROS. Casi estoy comprometida;  
no puedo retroceder.

Ya es preciso hablar así.

CARLOS ¡Preciso!... ¡Estoy en un potro!

¡Comprometida con otro...

y me escribías á mí!

¡Harás que hierva y se agolpe  
mi sangre!...

ROS. Yo retardaba...

CARLOS ¡Qué compasiva!... Aguardaba...

¡para asegurar el golpe!

ROS. Yo soy libre.

CARLOS Por lo mismo,

¿no pensaste, no veías  
que hasta el cielo me subías  
para hundirme en el abismo?

Dime, ¿no tembló tu mano  
al posarse en el papel?

Dime, ¿no era más cruel  
tu fingimiento inhumano?

Contesta.

ROS. Carlos, no abultes...

La cosa es bien natural.

CARLOS ¡Infame!

ROS. Aun obrando mal,

¿no tolero que me insultes!

CARLOS ¿Insultarte?... ¿A quién no irrita

tu proceder?... Más prometo

guardarte todo el respeto

debido á una señorita.

No temas de mis agravios  
ni un ¡ay! que á tu calma ose...

No temas, no, que rebose  
la indignación por mis labios.

No escucharás, en verdad,

ni una queja á tu rigor...

Antes hablaba el amor;

¡ahora habla la dignidad!

Tú ya no eres la mujer  
que yo amaba con exceso...  
Tal como eres, lo confieso,  
no te podría querer.  
Tú no eres aquella, no;  
aquella mujer amante  
que tenía lo bastante  
con que la quisiera yo.  
Aquella guardaba en sí  
sólo amor y poesía...  
¡Pero aquella Rosalía  
ha muerto ya para mí!  
Ya ves cómo no destilo  
amarga hiel... la sepulto...  
¿Qué más quieres?... Ni un insulto...  
No puedo estar más tranquilo. (Breve pausa.)  
Hoy todo es florido y verde;  
pero en tu memoria graba  
que la juventud se acaba,  
que la belleza se pierde;  
que el más dorado cabello  
al fin y al cabo blanquea;  
que el tiempo injuria y afea  
el más afamado cuello;  
que un día, en la faz hermosa,  
hace la primer arruga  
el efecto de una oruga  
en el cáliz de una rosa;  
que sólo quedan abrojos,  
que amarillea el verdor,  
y que, ya mística, la flor  
no es encanto de los ojos.  
Y, entonces, cuando se acerque  
el invierno de tu vida;  
cuando, aunque muy bien prendida,  
y aunque el boato te cerque,  
la juventud ya no inflame  
tu mente con sueños vanos,  
y hacia tiempos, ya lejanos,  
algún recuerdo te llame;  
cuando en poblados salones  
tu alma viva en el vacío,  
y sientas tan sólo el frío  
de las muertas ilusiones,

acaso recordarás  
lo que ahora no recuerdas,  
Rosalía, y si te acuerdas  
¡cuán de menos echarás  
algo que te dé calor!...  
¡Pobre de la humana ruina  
si entonces no la ilumina  
ni un solo rayo de amor!  
Pero, todo eso, ¿qué importa?  
Está muy lejos, ¿verdad?  
¡Oh, no!... La felicidad  
siempre nos parece corta,  
y el tiempo, y más si es gozado,  
pasa, rápido torrente...  
¡Lo que ahora mismo es presente,  
casi ahora mismo es pasado!

Ros. Carlos, siempre son violentas  
estas escenas. Me ausento.

CARLOS Adiós.

Ros. Cree que lo siento.

CARLOS ¡No lo sientas... no lo sientas!  
¡Si es la cosa más corriente  
y más natural!...

## ESCENA XI

CARLOS

¡Ingrata!...  
¡Está viendo que me mata  
y me dice que lo siente!  
¿Es esto un sueño... un delirio?  
Lo estoy dudando, y lo veo...  
Y es verdad... ¡Oh, si hasta creo  
que gozaba en mi martirio!  
Y yo ¡insensato! venía  
¡soñando con su ventura!...  
¡Y me hunde en la noche oscura  
y la quiero todavía!  
Y ama á otro... y sin piedad  
me lo dice... ¡á mí!... Y yo, necio,  
la adoro, y no la desprecio...  
¡Qué pobre es la voluntad!

Ella quiere oro... ¡infeliz!  
Al mirar por ese prisma  
mata mi amor... ¡ella misma  
lo ha extirpado de raíz!  
Aunque fuese todo entero  
mío el mundo, es ya imposible  
para mí. La duda horrible  
de que amase mi dinero  
solamente, bastaría  
à mover mi voluntad.  
¡Pero es muy triste, en verdad,  
una decepción impía!  
¡Siempre causa desconsuelo  
descubrir algo de lodo  
en un sér, que todo, todo  
se creía un sér del cielo!  
¡Siempre hacen mella en el alma  
desilusiones pasmosas!...  
¡No hay defensa!... ¡Ciertas cosas  
no pueden verse con calma!  
Es fuerza darla al olvido...  
y la daré... Se interesa  
mi dignidad. Ya me pesa,  
del tiempo que la he querido.  
¡Qué horrible es la realidad!  
¡Dios mío, cuánta falsía!...  
Me marchó, sí... No podría  
verla con tranquilidad.

## ESCENA XII

CARLOS y LAURA

LAURA  
CARLOS  
LAURA

¡Carlos!...

¡Laura!...

¡Bien venido...

bién venido!... Qué sorpresa  
cuando me ha dicho papá  
hace un rato:—¿A que no aciertas  
quién ha llegado á Madrid?  
Carlos.—¡Carlos!... ¡Si supieras  
qué satisfacción tan grande,  
qué alegría tan inmensa!



No se olvida fácilmente  
una amistad verdadera.

CARLOS (¡Todos están como estaban...  
Todos... todos... menos ella!)

LAURA ¡Qué tiempos aquellos, Carlos!

CARLOS ¡Allá en el pueblo!

LAURA ¿Te acuerdas?

CARLOS ¡Qué calma tan apacible  
la calma de aquella aldea!  
Cuando terminaba el curso  
volvías á toda priesa,  
y al vernos junto á la ermita  
esperándote contentas  
y anhelantes, al caballo  
dejabas la rienda suelta.  
Luego, cuando el labrador  
recogía la cosecha  
de estío, al caer la tarde  
nos íbamos á las eras,  
dondé las rubias espigas  
se hacinaban, ó deshechas  
por el trillo, iban soltando  
sus granos de oro y sus hebras.

Allí, encima de los haces  
que tú nos sacabas de ella,  
nos sentábamos, teniendo  
la hacina por cabecera.  
Tú nos hablabas entonces  
de Madrid y sus grandezas,  
ó nos recitabas versos  
que oíamos casi lelas,  
y al sonar las oraciones  
en la torre de la iglesia  
regresábamos al pueblo  
por entre una doble hilera  
de olmos. Tú, con Rosalía  
en conversación amena;  
la tía detras; yo, sola,  
delante siempre... ¿Te acuerdas?

CARLOS ¡Que si me acuerdo! Parece  
que lo estoy viendo muy cerca,  
y está muy lejos... ¡Qué hermosas  
eran las tardes aquellas!

LAURA Después, cuando la vendimia

comenzaba, era una fiesta  
ver á los vendimiadores  
llenar cuévanos y cestas,  
entonando satisfechos  
sus alegres cantinelas.  
Allí, en la viña, brindaban  
las uvas desde las cepas...  
¡Qué racimos tan hermosos!  
Los negros redondas cuentas  
de azabache.

CARLOS  
LAURA

Si.

Los blancos  
tenían tal transparencia,  
que no serían más bellos  
racimos hechos de perlas.  
¡Y era de ver con qué gusto  
rapaces y rapazuelas  
devoraban un racimo  
y otro, de las bocas llenas  
rebosándoles el zumo  
morado de la uva negra!  
¡Aun me parece estar viendo  
tan pintorescas escenas  
á la luz del sol poniente;  
aún mi mente se recrea  
con los poéticos cuadros  
de las campestres faenas,  
y aún me parece escuchar,  
llamándonos á la aldea,  
el toque de la oración  
en la torre de la iglesia!  
Todo era entonces alegre.

CARLOS  
LAURA  
CARLOS

Todo, no.

Había una pena.

El destierro de tu padre.

LAURA  
CARLOS

Es verdad.

¡Oh, quién creyera  
que todo iba á ser un sueño  
fugaz, como una centella!

LAURA  
CARLOS

¿Rosalía?...

Rosalía

es otra ya. No recuerda  
aquellos días felices  
que en tu memoria conservas.

LAURA                   ¿Te lo ha dicho?...  
CARLOS                                           Me lo ha dicho,  
con una calma que aterra.

—«Un abogado es muy poco»—

LAURA                   Ella quiere ser marquesa.

CARLOS                   ¿Marquesa?... Para mí, es ya  
imposible; que lo sea.

Y, ¿quién me roba su amor?...

mejor dicho, ¿a quién vende ella  
su amor?...

LAURA                                           Al Marqués del Valle.

CARLOS                   ¡Y es posible que le quiera!

Dí tú si yo merecía  
una ingratitud tan negra.

Al estudiar, estudiaba  
solamente para ella,  
y al escribir, muchas veces  
en mis sueños de poeta,  
me contemplaba aplaudido  
por un público en la escena,  
y en un palco la veía  
aplaudirme también trémula.

¡Y por aquellos aplausos  
de aquellas manos pequeñas,  
hubiera dado gustoso  
los de toda la asamblea!

¡Traidora!...

LAURA                                           Carlos, tu herida,

como está recién abierta,  
destila sangre. Tal vez

lo haya hecho la Providencia

¡Quién sabe, Carlos! Tu alma  
está herida, más no muerta.

¡Quizá otro amor!

CARLOS                                           ¿Otro amor?

¡Y, á qué mujer, con fé ciega,  
podré adorar, si mi fe,

ha perdido ya la venda

de los ojos! ¡Tú no sabes

lo que un desengaño deja

en pos de sí!

LAURA                                           Sin embargo,

busca una mujer que sepa

amarte como mereces;

una cuyo anhelo sea  
tu cariño; una mujer  
ideal que te comprenda...  
y serás feliz. Sí, Carlos;  
la felicidad se encuentra  
algunas veces muy lejos,  
pero otras veces muy cerca,  
¡y á veces el desengaño  
hasta la esperanza lleva!  
CARLOS Sigue, Laura. Hay en tu voz  
un algo que á mi alma llega...  
un no sé qué indefinible  
de amargura y de tristeza.  
LAURA Es, Carlos, que los que sufren  
se comprenden.  
CARLOS ¿Tú?..  
LAURA No creas...  
¡Qué tontería!.. Papá  
y el Marqués...  
CARLOS (¡Qué diferencia!)

### ESCENA XIII

DICHOS, DON JUAN y MARQUÉS

CARLOS Don Juan, me despido. Ustedes  
van á salir...  
D. JUAN Es verdad;  
pero no hay necesidad  
de que te despidas. Puedes  
venir con nosotros...  
CARLOS ¿Voy?..  
D. JUAN No tendrás nada que hacer;  
te quedas aquí á comer,  
y me perteneces hoy.  
Esta noche hay un estreno  
en el Español; un drama  
de un autor de mucha fama,  
y—según dicen—muy bueno,  
y á tí te gustará...  
CARLOS Sí;  
sí, señor; mis aficiones...  
MARQ. Habrá grandes emociones.







MERC. ¿Vienes tú también?  
CARLOS También.  
LAURA ¡Pobre Carlos! (Bajo á éste.)  
CARLOS (Arrostrando la situación, dice bajo á Laura, como diciéndoselo á sí mismo.)  
¡A la lid!  
MERC. Te alegrarás.  
CARLOS Por supuesto.  
D. JUAN En marcha.  
(El Marqués ofrece el brazo á Rosalia, Mercedes toma el de Don Juan, Laura el de Carlos, y éstos detrás, se dirigen á la puerta.)  
CARLOS (A Laura.) ¡Y para ver esto he venido yo á Madrid!

FIN DEL ACTO PRIMERO



sucesor. Todos lo afirman.  
Esta tarde en la tribuna  
de señoras lo decía,  
después de vuestros discursos,  
la marquesa de la Villa...  
y la de la Cumbre... y yo...

D. JUAN

Y todas. Y el mejor día  
pediréis ser diputadas,  
consejeras ó ministras.

¡Magnífico girigay!  
¡Fuera cosa divertida  
veros madres de la patria  
y madrastras de familia!

MERC.

¡Bah! Cuenta: ¿conque el gobierno  
cuando menos lo creía?..

D. JUAN

¡Murió! Así son muchas cosas  
en este mundo: imprevistas.  
¿Cómo habían de pensarlo  
los ministros, que reían  
cuando Carlos?.. ¿Eh? ¿Qué tal,  
qué tal Carlos?

MERC.

Sí; ¿quién iba?..

D. JUAN

¡Si viviese ahora su padre!  
¡Pobre amigo! Cuánto habría  
gozado viendo á su hijo  
formar en primera línea.  
Yo no soy su padre y gozo.  
Dos años hará estos días  
que llegó á Madrid, y ya  
es una gloria legítima.

MERC.

Porque tú le has protegido.

D. JUAN

Porque vale.

MERC.

En la política  
tú le hiciste diputado.

D. JUAN

Uno de tantos sería,  
de los del montón anónimo,  
si su oratoria castiza  
y brillante, no le hubiera  
dado á luz. Y en poesía,  
¿le hice autor? Ya viste anoche  
su comedia. Hasta la envidia,  
escondiendo el aguijón,  
á su pesar aplaudía.  
¡Vamos, que sus dos comedias!..

- MERC. Tal vez fueran un enigma  
sin tu protección.
- D. JUAN Tal vez;  
pero lo mismo valdrían.
- CRIADO (Con un abrigo, que ayuda á poner á don Juan, y un  
clac y unos guantes que le entrega después.)  
Señor...
- D. JUAN ¿Y el coche?  
CRIADO Del coche  
no avisaron todavía. (Se retira.)
- MERC. ¿Vas á salir?  
D. JUAN Sí.
- MERC. ¿A Palacio?  
Parece que corre prisa.
- D. JUAN Hay razones que aconsejan  
que se resuelva en seguida.  
Entre tanto, ¡bailad mucho!  
Bueno, hombre.
- MERC. Bueno, hombre.  
D. JUAN También fué pícaro  
casualidad que hoy... Pudísteis  
más que yo Será manía,  
pero en mi casa estas fiestas,  
francamente, me horrorizan.  
En fin, ya...
- MERC. ¿Conque á Palacio?  
CRIADO Señor, ya está la berlina.
- D. JUAN ¡Adiós!
- MERC. Señor Presidente  
del Consejo, hasta la vista.
- D. JUAN Que Dios ponga en vuestras lenguas  
misericordia... y justicia.

## ESCENA II

MERCEDES, ALTAVIDA y EL LACAYO, que anuncia

- CRIADO El señor Ramírez...
- MERC. (Que hábrá extrañado el apellido, dice, al aparecer  
Altavida.)  
¡Oh!  
¡Altavida! Su apellido  
me era ya desconocido:  
*Altavida* lo eclipsó.

- ALT. ¡Soberbia! ¡Deslumbradora!
- MERC. No...
- ALT. ¡Sublime! ¡Irreprochable!
- Usted siempre está admirable...  
pero mucho más ahora.
- MERC. ¡Oh, amigo mío!
- ALT. El primero.
- Un poco pronto, ¿verdad?
- Yo soy la puntualidad  
andando, y ando ligero.  
Aun así, mil veces pasa  
que ni tiempo tiene uno...
- MERC. Usted siempre es oportuno,  
y siempre viene á su casa.
- ALT. Gracias. Don de ubicuidad  
debió Dios habernos dado.
- MERC. Usté es el niño mimado  
de la buena sociedad.
- ALT. Es con su cuenta y razón.
- MERC. Ya lo sé.
- ALT. Tanto se estima  
á sí propia, que me mima  
para que haga estimación  
de sus preciadas beldades,  
de sus fiestas. de sus modas,  
de sus duelos, de sus bodas,  
de todas sus vanidades.  
La vanidad necesita  
aire de publicidad;  
por eso la vanidad  
á la prensa solicita.  
Por eso hay mil atenciones  
para mí, y sin mí no hay fiesta.  
Soy... uno más de la orquesta:  
el *bombo* de los salones;  
y todos quieren tocarme,  
y cada cual, á su modo...  
Y usted se entera de *todo*...
- MERC. Lo que vienen á contarme  
para que luego lo cuente.
- MERC. Y, aunque no, á fuer de enterado,  
lo cuenta.
- ALT. Pero... velado.
- MERC. Velado... con transparente.

- ¡Oh! Para eso en sus revistas  
tiene usted un don especial.
- ALT. No; la malicia social  
ve más que los periodistas.
- MERC. ¿Que ustedes? Difícil es...  
Lo que no saben lo inventan.
- ALT. ¡Por Dios!
- MERC. Y después lo cuentan,  
y se lo creen después.
- ALT. ¡Jesús! No tanto.
- MERC. ¿Exagero?
- ALT. ¿Exagero algo?
- ALT. Un poquito.  
Como sátira lo admito,  
aunque me llama embustero.
- MERC. ¿Y quién tiene siempre audacia  
para decir la verdad?  
¿Habla con sinceridad  
cuando dice, verbigracia,  
como hoy, que estaba preciosa  
la condesa de la Ría  
anoche? No se sonría  
usted.
- ALT. ¿Yo? ¡Qué maliciosa  
es usted! Estaba pasable.
- MERC. Pero ¿preciosa?
- ALT. A su gusto.  
¡Oh! Si yo fuera á ser justo  
siempre... ¡Estaba *fusilable!*
- MERC. ¡Ah, vamos! Pasable por  
las armas. Ahora me explico...
- ALT. Pero, ¡por Dios!.
- MERC. Cierro el pico.  
Se necesita valor  
para decir...
- ALT. Si me acosa...  
—¿Cómo me encuentra esta noche?—  
me dijo ayer.—Sin reproche,  
Condesa. Está usted preciosa—  
respondo, haciendo un esfuerzo  
para no soltar el trapo  
á reír. Ya no me escapo  
sin que me invite á un almuerzo  
y sin que me diga ufana:



—Pero, ¿usted qué ha de decir?

—Condesa, no sé mentir.

—Pues, dígalo usted mañana en el periódico.—Y doy en mi propia red conmigo, y, *á fuer de veraz*, lo digo en el número de hoy.  
¡Ah! Pero, mi parabién más cumplido.

MERC.

¿Por qué?

ALT.

Ya

se sabe que el Duque va á Palacio.

MERC.

Otros también

irán.

ALT.

Sí. No es un misterio.

Por fórmula. Sin embargo, él recibirá el encargo de formar el Ministerio.

MERC.

¿Lo cree usted?

ALT.

A no dudar.

¡Está la opinión que arde!  
¡Qué sesión la de esta tarde!  
¡Qué discurso el de Aguilar!  
¡Oh! No hay gobierno que viva después de esa acusación.

MERC.

Y luego la intervención de mi hermano...

ALT.

Decisiva.

Y el dios Poder entre ustedes, y usted sentada á la diestra, habrá que rogar á Nuestra Señora de las Mercedes, pues como al padre le cuadre que yo sea por de pronto Diputado...

MERC.

Usted no es tonto, y después... Rogaré al padre.

ALT.

Y yo, en cambio, aunque sencillos estos homenajes son, pongo á su disposición el *bombo*...

MERC.

¿Sí?

ALT.

Y los platillos.

MERC. ¿Con malicia?...

ALT. No; esta vez  
los ofrezco sin malicia.  
Para usted se hará justicia...  
pero siendo amigo el Juez.  
Y, en verdad, que lo más llano  
es empezar...

MERC. Por mi traje.

¿Le gusta?...

ALT. Precioso encaje.

MERC. De mi abuela,..

ALT. Hasta la mano.

Lo diré...

MERC. ¿Formal?

ALT. Formal.

MERC. Diga usted que es de Bruselas,  
que lo usaron mis abuelas,  
y que vale un dineral.  
Sí; me ha costado bastante;  
pero nada más lo abona,  
pues será de Barcelona,  
y lo estreno yo...

ALT. Adelante.

MERC. ¿Mis joyas?...

ALT. En sus cabellos  
parecen mucho más bellas.

MERC. ¿Sí?...

ALT. Constelación de estrellas  
que se han enredado en ellos.

MERC. ¿Las del escote?...

ALT. Ideal,  
línea de luz, reflejada  
en la nieve sonrosada  
de ese busto escultural.

MERC. ¡Oh! Lo dice usted de un modo...  
que cualquier cosa que cuente  
se ve á través de una lente  
que lo idealiza todo,  
y, aun sabiendo que exagera,  
gusta ver por ese prisma,  
y contemplarse una misma  
descrita de esa manera.  
Diga usted algo parecido  
á la Condesa, si trae

joyas en el pecho, y cae  
en sus brazos sin sentido.

ALT. ¡Oh! no la deja usted en paz.

(Anunciando.)

El señor Barón del Soto.

El señor Barón del Coto.

MERC. Dos varones en agraz.

### ESCENA III

DICHOS y Baroncitos SOTO y COTO

SOTO ¡Oh, Mercedes!...

COTO ¡Oh, Mercedes!

SOTO ¡Preciosa *toilette!*...

COTO ¡Preciosa!

SOTO ¡Ideall!...

COTO ¡Esplendorosa!

MERC. Pues ustedes...

ALT. Pues ustedes...

SOTO ¡Oh, Altavida!...

COTO ¡Oh, fiel cronista!

ALT. ¡Oh, heraldos de la elegancia  
y de la moda... de Francia!

SOTO ¡Oh, si aquí no hay quien se vista!

COTO No hay nada en este país,  
¿verdad?...

SOTO ¡Quiá! Nosotros vamos  
vestidos, porque encargamos  
hasta el calzado á París.

ALT. Hasta el aire...

COTO Todo. En esto  
creo que nadie nos gana.

SOTO Se ocupará usted mañana  
de nosotros...

ALT. Por supuesto.

Como de una planta exótica.

MERC. (Que habrá estado mirando hácia dentro, dice á Al-  
tavida.)

Voy á darle una sorpresa.

Aquí, Condesa... Condesa...

SOTO ¡Estrambótica!... (Por la Condesa.)

COTO ¡Estrambótica!

## ESCENA IV

DICHOS y CONDESA

MERC. ¡Elegantísima!...  
COND. ¿Sí?...  
SOTO ¡Preciosa!...  
COND. Barón... Barón...  
COTO Soy de la misma opinión.  
COND. ¡Oh, amigo mío, usted aquí!  
ALT. Condesa ..  
COND. Y usted, ¿qué tal,  
qué tal me encuentra esta noche?  
ALT. Como siempre... como anoche.  
COND. ¿De veras?...  
ALT. ¡Oh, sin igual!

## ESCENA V

DICHOS y EL MARQUÉS

CRIADO El señor Marqués del Valle.  
MARQ. Mercedes... ¡Oh!...  
MERC. Bien venido.  
MARQ. Condesa... (A Altavida.) Usted decidido  
á no perder ni un detalle  
de la fiesta. (A la Condesa por Altavida.)  
Su cantor.  
SOTO Marqués...  
COTO Marqués...  
MARQ. (A los Baroncitos.) ¿Cómo vá?...  
(A la Condesa.)  
Le habrá dicho que hoy está...  
(Bajo á Altavida.)  
Celebro su buen humor.

## ESCENA VI

DICHOS y ROSALÍA

Ros. Señores...  
SOTO ¡Oh, Rosalía!...  
COTO ¡Oh, la estrella!..

- SOTO (saludándola.) ¡Esplendorosa!  
COTO ¡Preciosa *toilette!*...  
SOTO ¡Preciosa!  
MERC. ¡Qué variación!... (Bajo á Altavida.)  
COND. Hija mía,  
estás bien...  
ROS. ¿Y usted, Condesa?  
COND. ¿Yo?... Dicen todos que estoy  
muy bien vestida...  
ROS. ¡Ah! Sí, hoy...  
Cada traje una sorpresa.  
(Rosalía va saludando á todos.)  
MARQ. Con palabras los demás  
y yo callando, evidencio,  
Rosalía, que... en silencio...  
admiro á usted mucho más.  
ROS. ¡Oh! (saludando á Altavida.) Buenas noches.  
COND. (A uno de los Baroncitos.) ¡Qué vana!  
Observe, Barón, observe...  
ALT. Permita usted que reserve...  
mi opinión hasta mañana.  
Pero sí anticiparé,  
y ya mi opinión asoma...  
que no hallaré en nuestro idioma  
palabras dignas de usted.  
(Rosalía dá las gracias con una graciosa inclinación  
de cabeza.)  
COND. (Picada, al Barón del Coto.)  
¡Qué exageración! ¿Verdad?  
MARQ. Mi enhorabuena...  
SOTO ¡Ah! y la mía.  
COTO Y la mía. (Acercándose á Mercedes.)  
MERC. Todavía...  
Deseo de su amistad.  
ROS. Condesa, hoy ha hecho furor  
la revista de Altavida.  
COND. Sí. ¡Qué revista! En su vida  
vuelve á escribirla mejor.  
ROS. ¡Vaya! Usted es una pintura.  
COND. ¡Yo! (Alarmada por la que lleva en el rostro.)  
ROS. Según él...  
COND. (¡Envidiosal!)  
Dice que estaba preciosa...  
Eso es que á él se le figura...

- ALT. (Como siguiendo la conversación en el grupo formado por él, Mercedes, el Marqués y los Baroncitos.)  
¡Oh! si nadie lo remedia.  
Nadie lo puede evitar.
- SOTO ¡Oh, Aguilar!...
- COTO ¡Oh, sí, Aguilar!
- SOTO ¡Qué discurso!...
- COTO Y ¡qué comedia la de anoche!
- MERC. Sí; es bonita.  
Algo sencilla tal vez.
- ALT. Profunda en su sencillez,  
y admirablemente escrita.
- SOTO Eso oímos...
- COTO Eso oímos  
decir á los que la oyeron.
- MERC. ¿Pero ustedes no estuvieron?
- SOTO Estuvimos...
- COTO Estuvimos...
- SOTO Mas visitando á fulana  
y á mengana sin parar...
- COTO Sí; con tanto visitar  
á fulana y á mengana...
- SOTO Justo; salimos y entramos...
- COTO Claro; entramos y salimos...
- SOTO ¿Aplauden?...
- COTO Pues aplaudimos.
- SOTO ¿Protestan?...
- COTO Pues protestamos.
- ALT. ¡Divina, divinamente!  
Con eso basta, y aún sobra,  
para que juzguen la obra:  
así juzga mucha gente.
- SOTO Alguien la halló parecida  
á «Consuelo.»
- ALT. No es igual.  
—Pero, vamos, menos mal;  
—siquiera no es traducida.
- MARQ. (A Rosalía.) ¿Tanto la importa el autor?
- ROS. No me pesa que le alaben...
- SOTO ¡Oh! ¿Pero ustedes no saben?...
- COND. ¿Qué?...
- COTO ¡Lo mejor!...
- COND. ¿Lo mejor?



ALT. Sí; se dice que es histórica  
la comedia, en mucha parte,  
y que ayudado del arte  
y bajo forma retórica,  
el autor, dando salida  
á su pesar, más que á su odio,  
llevó á escena un episodio  
importante de su vida.

COND. ¿De veras?

ALT. Sí. Y aseguran  
que las personas aquellas  
de la comedia, ellos y ellas,  
son personas que figuran  
en el mundo conocido,  
y que están todas muy propias,  
porque resultan las copias  
de un exacto parecido.

SOTO Sí.

COTO Sí.

COND. ¿Y quiénes son?

ALT. No sé.

Igual pregunta hice yo,  
y me contestaron;—¡Oh!  
Eso, adivínelo usted.

MARQ. ¿Y cayó usted en la cuenta?

ALT. No, Marqués. Por más que traigo  
á la memoria.. no caigo....

MARQ. ¿Y ustedes? (A los demás.)

MERC. Tanto se inventa...

ROS. Sí.

MERC. Que será una invención  
más, sin fundamento serio.  
Hoy se halla en todo misterio  
y en todo se halla intención.  
ALT. Dios sabe quién lo diría;  
pero alguno en el teatro  
se lo dijo á tres ó cuatro  
que á su alrededor había,  
ni sé con qué fundamento,  
ni con qué intención tampoco.  
El caso es que de allí á poco  
tenía alas el invento.  
De los cuatro, cada uno  
á otros cuatro lo contó,



SOTO (A Altavida.)  
Usted, para la Condesa.  
COTO (A Altavida, al salir, detrás de todos.)  
La Condesa... para usted.

## ESCENA VII

LA CONDESA y ALTAVIDA

ALT. ¿Sí? ¡Qué gracia! ¡Qué tunantes,  
qué pillines!...

COND. ¡Qué intención!  
Me han ruborizado. ¡Son  
unos niños muy cargantes!  
Desprécielos usted...

ALT. Desprécielos usted...

COND. Gracias  
que es usted, querido amigo,  
el que se queda conmigo...

ALT. Sí...

COND. Pero ciertas audacias  
ofenden siempre al pudor...  
Vea usted mi rostro, en fin...

ALT. Sí; pintado de carmin.

COND. ¿Pintado? ..

ALT. Por el rubor.

COND. ¡Ah! Pero estoy enfadada.

ALT. ¿Conmigo?...

COND. ¡Ingrato! ¡cruel!

ALT. ¿Por?...

COND. Por sus frases de miel  
à Rosalía... ¡por nada!  
¡Bah! Son frases de cajón,  
galanterías...

COND. Resabios.

ALT. Que se dicen con los labios,  
y no con el corazón.  
¡Si viese usted cuánto miento!

COND. ¿De veras, querido amigo?  
(Cogiéndose del brazo de Altavida, y mirándole tier-  
namente.)  
Yo, ni siento lo que digo...

COND. ¿No?...

ALT. Ni digo lo que siento.



solos, no se perderán.

SOTO

No.

COTO

No

MARQ.

Un momento, barones.

## ESCENA IX

MARQUÉS y baroncitos SOTO y COTO

MARQ.

Mi curiosidad quedó  
satisfecha, y no me asedia.  
El Marqués de la comedia  
ya sé quién es.

SOTO

¿Quién?

COTO

¿Quién?

MARQ.

Yo.

Me lo han dicho; fué un capricho  
mío, y...

SOTO

¡Vaya, algunas gentes  
qué imprudentes!...

COTO

¡Qué imprudentes!...

MARQ.

Pues ustedes me lo han dicho.

SOTO

Hay que enseñar á ese autor...

COTO

Justo; á que no se propase.

SOTO

¡El prestigio de la clase!

MARQ.

¡El prestigio de mi honor!

COTO

El prestigio de unos y otros.

Pues si no, ¡la hacemos buena!...

¡nos saca un día á la escena!

SOTO

¡Y se rien de nosotros!

COTO

¡Vaya! Y nos ridiculiza,  
como al Marqués... Pero hay más.

(Soto le hace señas para que calle.)

Debe saberlo. Además

se dice, que le utiliza

Rosalía como *cebo*...

MARQ.

¿A mí?

COTO

Para que el autor,  
á quien ella tuvo amor  
en otro tiempo, de nuevo  
pique el anzuelo.

MARQ.

¿Sí?

SOTO

Sí.

MARQ. ¡Buen papel se me depara!  
¿Con que *como cebo* para?...  
¡Al Marqués del Valle! ¡A mí!  
¡Será si yo me acomodo!  
(Dirigiéndose á los salones.)

COTO (Saliendo con el Marqués.)  
Marqués, con nosotros cuenta  
para todo.

SOTO (saliendo también.) Francamente,  
Marqués.

MARQ. Gracias.

SOTO Para todo.

## ESCENA X

ROSALÍA

¡Siempre Carlos! ¡Siempre ese hombre!...  
¡Siempre! ¡Parece mi sombra!  
¡Cuando nadie me le nombra  
soy yo quien digo su nombre!  
¡Va iluminando su huella!...  
¡Irradia su luz el genio,  
y en el foro, en el proscenio,  
y en la tribuna descuella!  
.....  
No puedo dar al olvido  
su comedia... Desde anoche  
hay algo como un réproche  
que llega siempre á mi oído.  
El final me impresionó...  
Y eso que yo nunca haría  
lo que Rosa... Rosalía...  
sí... ¡porque aquella era yo!  
¡Alguien, cualquier botarate  
lo dijo, cundió el relato,  
y hoy está ya mi retrato  
puesto en el escaparate!  
Por lo mismo tengo empeño  
en que ahora el mundo le vea  
á mis piés; en que ahora sea  
Carlos... ¿mi esclavo ó mi dueño?  
¡Carlos!... ¡Siempre Carlos!... ¡Oh!...



¡No pronunciéis más su nombre!  
¡No me habléis tanto de ese hombre,  
que bastante me hablo yo!  
¡Quiero conservar mi calma  
y mi orgullo y mi altivez!  
Laura... ¿Le amaré? Tal vez.  
Le voy á sondar el alma.

## ESCENA XI

ROSALÍA y LAURA

ROS. ¿No ha venido aún, verdad?  
LAURA ¿Quién?  
ROS. Carlos.  
LAURA No; no ha venido.  
ROS. Ya sé que no. Fué un descuido...  
¡Vaya! Sin necesidad  
de preguntar, lo sabía,  
porque si hubiera llegado  
ya estarías tú á su lado.  
LAURA O él á mi lado estaría.  
Creo hay lo mismo que andar  
de mí á él, que de él á mí.  
ROS. La misma distancia hay, sí.  
LAURA ¡Oh!... ¿pues por qué has de pensar,  
si tu razón no se ofusca  
y te hace ofenderme ciega,  
que soy yo quien á él se llega  
y no él á mí el que me busca?  
¡Habiendo el mismo camino,  
siendo él hombre y yo mujer,  
lo natural, á mi ver,  
es pensar que él fué el que vino!  
Si á mí no me importa.  
ROS. ¿No?  
LAURA ¿No?  
ROS. ¡Ni siquiera! ¡Qué bobada!  
LAURA Pues, si no te importa nada,  
¿por qué te irritas?  
ROS. ¿Yo? ¡Yo!  
¿Irritarme? ¡Tú has pensado!...  
¡Vaya si se necesita

- penetración! ¿Qué me irrita ver á Carlos á tu lado?... De tu inocencia me río...  
LAURA Ríe.  
ROS. Pues si yo quisiera que á tu lado no estuviera y tenerle al lado mío, fácil me sería, á poco... ¿Me provocas?  
LAURA Te equivocas. Dí más bien que te provocas y no que yo te provocho.  
ROS. ¿Pues qué? ¿lo dudas acaso?  
LAURA Posible es que te equivoques.  
ROS. A mi amor propio no toques, Laura, porque en ese caso, tendré, para que lo creas, que probarte cualquier día...  
LAURA Más parece, Rosalía, que probártelo deseas.  
ROS. Pero, ¿á qué es esta cuestión? A la prueba me remito. Quiero, y no la necesito, darme la satisfacción de que veas á mis piés á Carlos, ya que te empeñas.  
LAURA ¡Qué fácilmente desdeñas!... Ahora le toca al Marqués.  
ROS. ¿Al Marqués? ¡Qué disparate! No lo creas. Yo soy práctica, y le conservo. En mi táctica es un arma de combate. Que en la guerra del amor es cosa ya muy sabida que plaza no defendida no merece tanto honor.  
LAURA Tú crees, según has dicho, tal vez con soberbio arrojo, que tendrás siempre á tu antojo pendientes de tu capricho á los hombres, y con uno no basta á tu orgullo nécio... Tú los tratas con desprecio... ¡que no te desprecie alguno!

ROS. Nunca te creí capaz  
de expresarte de ese modo...  
¡tú!... todo dulzura... y todo  
mansedumbre... ¡y todo paz!  
¡Nunca creí que tu amor  
á Carlos llegase á tanto,  
que hiciese acudir el llanto  
á tus ojos, el temor  
de que yo!.. ¿Tanto le adoras  
que te asusta que yo pueda?..  
Si dudas que así suceda,  
¿por qué temes? ¿Por qué lloras?  
¡Tus lágrimas dan coraje!..  
Acaso Carlos, al verlas,  
te habrá dicho que son perlas...  
y estás bordando tu traje.

LAURA Tú, al contrario, habrás oído  
decir, y es dicción más clara,  
que son nubes en la cara  
y manchas en el vestido.  
Por fortuna en esa parte  
á tí no te da muy fuerte..  
¡Oh, por no descomponerte,  
preferirías ahogarte!

ROS. Nunca advertí esa impresión  
en mis ojos.

LAURA No la adviertas,  
pues las primeras que viertas,  
¡ya verás qué amargas son!

ROS. ¡Jesús, cuánta põesía!  
Eres muy sentimental.

LAURA Y tú, en cambio, muy réal  
y muy crüel, Rosalía.  
Pero, en fin, demos por hecho  
que estuviese enamorada  
de Carlos...

ROS. Cosa probada.

LAURA Bien. ¿Y qué? ¿Con qué derecho  
puedes impedir que yo  
le ame?

ROS. ¿Yo? Me haces reir.  
Lo que yo puedo impedir  
es que él te ame.

LAURA Tal vez no.

ROS. ¡Ah! ¿Cobraste tantos vuelos  
porque acaso él?.. ¿Y has creído?  
¡Qué tonta! No has conocido  
que lo hace por darme celos.

LAURA ¡Oh! Sólo á tí puede amarte,  
¿verdad? Nadie vale tanto...  
¡Pues también me estimo cuanto  
puedas tú misma estimarte!  
Aunque no soy tan hermosa  
como yo quisiera, algo  
me concederás que valgo;  
y por lo que hace á otra cosa  
que vale más... ¡Oh! Mi amor  
á Carlos siempre sería  
mucho mayor, Rosalía,  
que el tuyo, mucho mayor.

ROS. Pues, á pesar de todo eso,  
y tal vez por eso mismo,  
verás, sin tanto lirismo,  
que ya es cursi con exceso,  
cómo, si lo quiero así,  
seré su esposa...

LAURA ¡Su esposa!

ROS. Hoy todo en el mundo es prosa.  
hasta el amor.

LAURA ¡Para tí!  
Para tí, que habiendo herido  
á Carlos en lo más hondo,  
quieres llegar hasta el fondo  
haciéndole tu marido  
sin amor, por vanidad,  
porque su nombre está en boca  
de todos... Si no me choca...  
Como tú es la sociedad.

ROS. De la sociedad las dos  
tenemos distinta idea.  
Naciste para la aldea;  
está visto. Vaya, adiós.

LAURA Adiós...

ROS. De paso veré  
si ha venido Carlos ya,  
y creo que bailará,  
conmigo. Procuraré  
que no dudes, como dices,

que en él influyo de veras...  
LAURA Puedes hacer lo que quieras.  
Si él te ama... sed muy felices.

## ESCENA XII

DICHOS y CARLOS

ROS. ¡Ah! Carlos ¿Llegas ahora?  
CARLOS. En este momento. Laura...  
LAURA Adiós, Carlos.  
ROS. ¿No has entrado?...  
CARLOS No.  
ROS. Pues debes ir. No acaban  
en el salón los elogios  
que hacen de tí.  
CARLOS También cansan  
los muchos elogios. ¡Oh,  
el mundo es así! Hoy me alza  
hasta las nubes; acaso  
me pisoteé mañana.  
ROS. ¿No bailas, Carlos?...  
CARLOS Después.  
ROS. Voy al salón. ¿Me acompañas?  
CARLOS Hasta allí, con mucho gusto.  
Aún tengo otro brazo, Laura.  
ROS. ¡Oh, no! ¡Quédate con ella,  
quédate! ¡Ya no hace falta  
que me acompañes! ¡Ahí viene  
el Marqués!  
CARLOS Como te plazca.

## ESCENA XIII

DICHOS y el MARQUÉS

ROS. Marqués, ¿venía á buscarme?  
MARQ. Cierto; venía á buscarla.  
ROS. ¿Sí? Pues vamos.  
MARQ. Un momento.  
Voy á saludar á Laura,  
y á... ¿Cómo va?  
(Alto á Carlos, después de dar la mano á Laura.)  
(Bajo á Carlos.) Necesito

- hablar á usted, cuando no haya señoras que nos escuchen.
- CARLOS (Bajo al Marqués.)  
Cuando quiera.
- MARQ. En esta estancia,  
que es la más...
- CARLOS Aquí vendré  
dentro de un rato.
- LAURA (Acercándose de pronto á Rosalía, la pregunta.)  
¿Qué se hablan?
- ROS. ¿Y qué sé yo?
- MARQ. ¡Señor mío!...
- CARLOS ¡Señor Marqués!... ¿Vamos, Laura?
- LAURA Sí, vamos.  
(Al salir del brazo de Carlos, dice á éste.)  
¿Qué te decía  
el Marqués, cuando te hablaba  
por lo bajo?
- CARLOS ¿A mí?
- LAURA Sí, Carlos,  
¿qué te ha dicho?
- CARLOS Nada, nada.

## ESCENA XIV

ROSALIA y el MARQUÉS

- ROS. Vamos, Marqués.
- MARQ. ¡Oh! Ya iremos.  
Es preciso, Rosalía,  
que me escuche. A eso venía.  
Tenemos que hablar.
- ROS. Hablemos.  
Debe ser cosa bastante  
importante.
- MARQ. Sí, lo es.
- ROS. Soy toda oídos, Marqués.
- MARQ. Es cosa muy importante,  
á lo menos para mí;  
para usted, no sé qué crea;  
para usted, acaso sea  
una cosa baladí.  
Pero de uno ó de otro modo,



esta explicación se impone.

ROS. Pues hable usted. ¿Quién se opone?

MARQ. Si el amor pasa por todo,  
no pasa la dignidad,  
y creo tener derecho,  
si no á reinar en su pecho,  
á merecer su amistad,  
y á que hable usted, y me diga  
con la franqueza bastante,  
ya que no leal amante,  
al menos leal amiga,  
si es amor lo que la inspiro  
ó amistad... Si es lo primero,  
ser sólo á su lado quiero;  
si es amistad, me retiro  
y dejo espacio y lugar  
á que se llegue á su lado  
otro más afortunado...

ROS. Y ¿cómo puedo evitar  
yo que cualquiera me hable?  
En sociedad, eso es  
inevitable, Marqués.

MARQ. Ya sé que es inevitable  
y nunca llegué á olvidarlo;  
pues, por mi parte, sería  
ridículo, Rosalía,  
el pretender evitarlo.

ROS. Sí. ¿Que culpa tengo yo  
de estar siempre rodeada  
y atendida y obsequiada  
por todos? Creo que no  
deba huir con malos modos  
ni poner la cara adusta..

¿A qué mujer no le gusta  
verse atendida por todos?

MARQ. Dejemos á los demás,  
que *por todos* no lo digo,  
no; me refiero á un *amigo*  
que para usted fué algo más.

ROS. Es amigo de la infancia  
y le tratamos de un modo  
familiar.

MARQ. Sí; sobre todo  
desde que adquirió importancia

- y ganó celebridad,  
ya es amigo predilecto  
y merece más afecto  
de usted la antigua amistad.
- Ros. Bien, bien. En último caso,  
soy dueña de mis acciones,  
y no sufro imposiciones,  
ni por exigencias paso  
De este modo soy, y he sido,  
y así creo que seré...  
Conque, ya lo sabe usted.  
El que sea mi marido,  
no ha de turbar mi quietud  
con sus celos.
- MARQ. ¡Rosalía!
- Ros. Porque yo no sufriría  
la irritante esclavitud  
de no poder sonreír,  
y de no poder mirar,  
y de no poder hablar...  
¡y de no poder vivir!
- MARQ. No discutamos sobre eso,  
porque no llegó ese caso;  
pero yo tampoco paso  
ni porque usted, y el suceso  
ya se comenta y me abruma,  
como *cebo* me utilice,  
ni porque él ridiculice  
mi persona con su pluma.
- Ros. ¿Que á usted le utilizo yo  
como *cebo*?
- MARQ. Así se expresa  
la malicia social; esa  
es la palabra que usó.
- Ros. ¡Marqués!
- MARQ. Soy el eco fiel  
de la social perspicacia,  
que, como usted vé, me agracia  
con un soberbio papel.  
Pero no soy, en verdad,  
hombre de pasta tan buena  
que soporte que en la escena  
lo dé á la voracidad  
de un público ni el autor

más cargado de laureles,  
ni que haga ciertos papeles  
en las comedias de amor.

## ESCENA XV

DICHOS: Baroncitos SOTO y COTO, y ALTAVIDA

SOTO ¡Uf!

COTO ¡Uf!

SOTO Llegamos...

COTO Llegamos...

SOTO Sin aliento.

COTO Sin sentido.

ALT. El rigodón prometido,  
Rosalía. (Ofreciéndola el brazo.)

ROS. ¡Ah, sí! Pues, vamos.

## ESCENA XVI

MARQUÉS, SOTO, COTO y CARLOS, cuando lo indica el diálogo

SOTO ¡Ay! (Dejándose caer en un sillón.)

COTO ¡No puedo más! (Lo mismo.)

CARLOS Señores...

MARQ. ¡Señor mío!...

CARLOS Usted dirá.

MARQ. Supongo no ignorará  
que heredé de mis mayores  
un nombre ilustre.

CARLOS Más bajo.  
Así es muy fácil tenerlo;  
lo difícil es hacerlo,  
eso ya cuesta trabajo.

MARQ. ¡Un nombre ilustre!

CARLOS Bien, bien.

MARQ. ¡Hace ya siglos ilustre!

CARLOS Nadie desconoce el lustre  
de su nombre. Yo también  
tengo, aunque no le atribuyo  
abolengo de tal gloria,  
un nombre, que, sin historia,

- MARQ. vale tanto como el suyo.  
CARLOS ¡Como el mío!
- MARQ. La merced  
me hará de pensar, que es justo  
que yo halle el mío á mi gusto,  
ya que no tengo el de usted.
- MARQ. ¡Lo ilustre del nombre importa,  
y muy mucho, caballero,  
y no sufro, y no tolero!
- CARLOS ¡Oh! Si usted no se reporta,  
mejor es que nos vayamos.  
Vá usted un escándalo á dar,  
que yo quisiera evitar  
por el sitio en donde estamos.  
Creo no haber inferido  
ninguna ofensa á su nombre.
- MARQ. ¿Que no?... ¡Y la ha inferido al hombre  
que lo lleva!
- CARLOS Si así ha sido,  
con toda seguridad  
ha sido sin intención.  
Y doy esta explicación,  
porque cumple á la verdad;  
porque sentar me interesa  
que yo no soy el que choca,  
sino usted el que me provoca,  
y no porque en esta empresa  
para nada me cohiba  
aunque hablo sin desentono,  
por su destemplado tono  
y su actitud agresiva.
- MARQ. ¡La ofensa que me ha inferido  
de ridículo me llena!
- CARLOS ¡Me ha sacado usted á la escena!  
¿A la escena?... ¿Usted ha creído  
verse acaso retratado  
en el marqués de mi obra?
- MARQ. ¡Y todos; está de sobra  
transparente!
- CARLOS Habré copiado,  
entonces, del natural.
- MARQ. ¡Pues copie usted de otra parte,  
señor mío!
- CARLOS ¡Oh, no! En el arte

ese es el bello ideal.  
¿No sería una rareza  
y una aberración, señores,  
prohibir á los pintores  
copiar la naturaleza  
tal cómo es, ó se percibe?...

SOTO  
COTO  
CARLOS

Es que...

Es que...

Pues el autor

dramático es un pintor  
del mundo moral, que exhibe,  
si copia tipos sociales  
con su color verdadero,  
retratos de cuerpo entero  
de séres originales.

MARQ.

¡Poco á poco; no señor!  
Los varones de mi raza  
no tuvieron nunca traza  
de modelos de pintor.  
Y usted no tiene derecho  
á exhibirme, y necesito  
reparación.

CARLOS

Pues lo escrito,  
escrito está, y lo hecho, hecho.

MARQ.

¡Pues lo escrito, escrito está,  
ya que de ello hace usted alarde,  
de una manera cobarde!...

CARLOS

¡Señor Marqués, basta ya!

MARQ.

¡No basta aún, porque quiero  
dar contestación á todo!...

¡Y, lo hecho, hecho está de un modo  
indigno de un caballero!

CARLOS

¡Oh!... ¡Marqués!... Estoy aquí,  
no lo olvido. A todo trance  
quiere usted tener un lance  
conmigo, ¿y me insulta?

MARQ.

¡Sí!

CARLOS

No hablemos más.

MARQ.

(saliendo de escena.) Sí; esa es  
cuestión que nuestros amigos  
arreglarán

CARLOS

(A los Baroncitos.) Sin testigos.  
Los padrinos del Marqués  
no son ustedes. Honor



es ese que yo rehusó,  
porque á ustedes... los recuso...

SOTO

¡Qué!

COTO

¡Qué!

CARLOS

(saliendo de escena.) Por niños.

SOTO

(Detrás de Carlos, muy irriado.) ¡Por!...

COTO

(Idem id.)

¡Por!...

## ESCENA XVII

Baroncitos SOTO y COTO

SOTO

¡No nos ha mirado bien!

Coro

¡Vaya!

SOTO

¡Yo niño!

COTO

¡Yo niño!

SOTO

Pues, aunque barbilampião,  
¡soy un hombre!

Coro

¡Y yo también!

SOTO

¡Se batirá con los dos!

Coro

¡Con los dos se batirá!

SOTO

¡Ya verá los niños, ya!

Coro

¡Sí; que se encomiende á Dios!

SOTO

Tú primero...

Coro

Tú primero...

SOTO

Tú primero, y yo después.

COTO

No, no; primero el Marqués,  
tú el segundo y yo el tercero.

SOTO

No, no; primero contigo,  
y luego... yo le provocho...

Coro

Pues, no cedo.

SOTO

Yo tampoco.

COTO

Ni contigo, ni conmigo.

SOTO

¡Gracias á que no cedemos!

COTO

¡Sí, sí; á que nos obstinamos,  
que si no!...

SOTO

¡Le despreciamos,  
barón!

Coro

¡Le despreciaremos!



## ESCENA XVIII

DICHOS y LAURA

LAURA ¿Van á batirse?  
SOTO ¡No!  
COTO ¡No!  
Mil gracias por su interés.  
SOTO Son Aguilar y el Marqués  
los que se baten.  
COTO Sí.  
LAURA ¡Oh!  
¡Conque se baten! ¿Quizás  
mañana?...  
SOTO No; si nosotros  
no hemos dicho...  
COTO Si son otros...  
SOTO No nos pregunte usted más.  
¿Vamos, barón? Son secretos  
de honor. (A Coto, al salir.)  
COTO (A Soto, id.) Que ya hemos vendido.  
SOTO Nosotros hemos nacido  
para ser siempre indiscretos.

## ESCENA XIX

LAURA, en escena.—ROSALÍA, seguida de los periodistas, á los  
que se agregan los Baronecitos, en la galería

LAURA ¡Dios mío, y se batirá!  
¡Sólo al pensar y al sentir  
que Carlos puede morir  
estoy yo muriendo ya!  
ROS. Señores, me es muy sensible.  
Mil gracias, de todos modos;  
quisiera bailar con todos,  
con todos... ¡más no es posible!  
LAURA ¡Es la estrella que rutila!  
¡Seguid, seguid tras la estrella!  
¡Aunque se maten por ella

tan tranquila... tan tranquila!

Rosalía.

ROS. (Despidiéndose del grupo de pollos, que se retiran, y viniendo á la escena.) Hasta después.

## ESCENA XX

LAURA Y ROSALÍA

LAURA

Rosalía.

ROS.

¿Qué? ¿Qué quieres?

LAURA

Decirte, aunque no te alteres,

¡que se baten el Marqués

y Carlos! ¡Sí, Rosalía!

Ya puedes estar ufana

y satisfecha. Mañana,

bien temprano, al ser de día,

podrás decir, rebosando

orgullo, propio de ti:

—Ahora se baten por mí

dos hombres. Y tal vez, cuando

el arma hiera homicida,

sonrían tus labios rojos,

y tal vez cierres los ojos

para quedarte dormida!

ROS.

¿Tú qué sabes?... ¡Es posible

que debajo de este manto

de nieve, sienta yo tanto,

aunque parezco insensible,

como tú puedas sentir...

que ame cual puedas tú amar!...

LAURA

¡Te asustaría pensar

en que pudiera morir

el que tu amases!

ROS.

¡Ninguno

quiero que muera!

LAURA

¡Por Dios!...

¡Yo lo siento por los dos...

pero mucho más por uno!

ROS.

¡Y yo también!

LAURA

¿Amas?

ROS.

¡Sí!

LAURA

Pues, mira, sea al que sea,

debe asustarte la idea  
de que se maten por tí.

ROS

Por mí, no...

LAURA

¡Aparentemente,  
otra la causa será  
de ese duelo, ¡claro está!  
pero la causa evidente  
es el haber tú contado  
con los celos del Marqués  
para tu juego... y ya vé,  
cuál ha sido el resultado  
de tu peligroso juego:

ROS.

que en tu camino mañana,  
encontrarás sangre humana!  
¡Calla, por Dios! ¡Te lo ruego!

LAURA

¡Calla, Laura, por piedad!  
¡Es por tí! ¿No te recreas?  
Pues mira... ¡Quiero que veas  
toda la horrible verdad!  
Mira hacia allí. Es muy temprano,  
y el sol no ciega. ¿Ves gente?  
¿Ves dos hombres frente á frente?  
¡Los dos... un arma en la mano!  
¡Oh!...

ROS.

LAURA

Los conoces muy bien.  
El uno te amó algún día.  
¡Quizás te ame todavía!  
El otro, te amó también.  
¡Los dos juegan la existencia  
por tí!

ROS

LAURA

¡Por mí!...  
¡Uno ha caído!  
¿Cuál ha sido?... ¡El que haya sido,  
cayó sobre tu conciencia!

ROS.

¿Sobre mi conciencia?... ¡No!  
¡No será!... ¡Sería horrible!  
¡Ese duelo no es posible!  
Y ya ¿quién lo evita?

LAURA

ROS.

LAURA

ROS.

LAURA

ROS.

¡Yo!  
¿Tú?...  
¡Yo!..  
¿Y de qué modo?  
¡El modo  
no sé... pero de cualquiera!

¡No me importa la manera,  
ni el modo... á costa de todo!  
Aun de mi vida, si así  
fuera necesario, ¡entiendes!  
¿No adivinas, no comprendes  
que yo le amo?

LAURA  
ROS.

¿A Carlos?

¡Sí!

¡Le amo... le amo... le amaré...  
por vanidad... por despecho...  
por lo que quieras... el hecho  
es que le amo! ¿A qué el por qué?  
¡Somos rivales!

LAURA

Olvida

ahora que somos rivales.  
Las dos estamos iguales.  
¡Ahora pelagra su vida!  
¡Ahora, el mismo sentimiento  
debe unirnos: el temor!  
¡Quizá nos una el dolor...  
en mí sin remordimiento!

ROS

Sí, Laura, si al fin tuviera  
lugar ese desafío...

LAURA

¡Y qué hemos de hacer, Dios mío!!

ROS.

¿Que, qué hemos de hacer? Espera.

(Toca el botón de un timbre, y al poco rato aparece el  
criado.)

Busque usted, sin dilación,  
al señor Marqués del Valle...

CRÍADO

Está muy bien.

ROS.

Donde se halle,

si es que no está en el salón,  
pues no ha debido salir,  
y, si no está sólo, aparte  
le dice usted, de mi parte,  
que haga el favor de venir.

LAURA

¿Y crees cosa tan llana,  
y tan fácil disuadirle?

ROS.

Voy á rogarle... á exigirle  
que no se bata mañana.  
¡No quiero que se derrame  
sangre por mí!

LAURA

Rosalía,

será inútil.



MARQ.

No me bato.

ROS.

Sí.

Es inútil el secreto,  
Marqués; positivamente  
sé que hay un lance pendiente.

MARQ.

Pero, ¿quién fué el indiscreto?

ROS.

Nadie, nadie. ¿Qué más dá?  
Yo misma lo ví hace un rato.

MARQ.

Usted lo quiso, y me bato.

ROS.

¡Usted no se batirá!

¡No, Marqués!

MARQ.

Inútil todo.

ROS.

¡No se batirá usted!

MARQ.

Sí.

Olvidándome de mí,  
le he insultado de tal modo,  
que, la verdad, dificulto,  
después de lo que pasó,  
que haya un arreglo, si yo  
no retiro aquél insulto.  
Y lo que es yo, la verdad,  
al decir algo, me obligo  
á sostener lo que digo  
por mi propia dignidad,  
y no pienso recoger  
ni una frase. Pensaría  
el mundo que yo temía,  
y no acostumbro á temer.

ROS.

Nadie podría pensar  
tal cosa, Marqués, sabiendo  
quién es usted; conociendo  
su destreza singular,  
que por todos se proclama,  
y probado su valor  
en varios lances de honor,  
que le han dado nombre y fama.

MARQ.

No es sólo eso. A pesar mío,  
aunque usted sea una ingrata...

ROS.

Marqués...

MARQ.

¡Su amor me arrebató,  
y me ciega su desvío!

ROS.

Aunque parezco insensible,  
no soy ingrata á su amor.  
Pues, ¿por quién es mi temor?



¿Por quién mi ansiedad horrible?  
¿Mi incertidumbre crüel  
por quién, y por quién mi espanto,  
mañana... por quién mi llanto?

MARQ.

Acaso sea por él.

ROS.

Y por usted, ¿por qué no?

MARQ.

¿Será verdad que por mí?...

ROS.

¿No es usted tan digno?...

MARQ.

Sí.

ROS.

¡Pero la necia soy yo,  
que vivo en esta inquietud,  
y que ruego, como lo hago,  
para merecer en pago  
la duda y la ingratitud!

¿Dice usted que me ama?

MARQ.

Sí.

ROS.

Yo lo niego.

MARQ.

¡Rosalía!

ROS.

Si me amase usted, sería  
capaz de todo por mí.

MARQ.

A todo estoy decidido  
por usted.

ROS.

¿A todo? Corriente.

MARQ.

A todo... si dignamente  
puedo hacerlo.

ROS.

Más no pido.

¿Cree usted que puedo yo  
pedirle una indignidad?

Hable con sinceridad,

¿lo cree?

MARQ.

Creo que no.

ROS.

Pues, si es cierto lo que dijo,  
cesa ya mi desconsuelo.

Renuncie usted á ese duelo.

¡Yo lo mando... yo lo exijo!

MARQ.

¡Oh! Pero si á un hombre culto  
le es imposible...

ROS.

¿Imposible?...

Yo lo creo muy posible,  
si usted retira su insulto.

MARQ.

Sí, sí; pero, la verdad,  
á mí me cuesta trabajo...  
parece que me rebajo,  
que sufre mi dignidad.

Pueden pensar que es por miedo,  
Rosalía... Hubo testigos  
de la ofensa... y los amigos  
de uno y otro... ¡No... no puedo!  
¡No! ¿Qué se diría?

ROS.

¿Sí?...

Ya puede usted decidirse.  
¿Insiste usted en batirse?  
Pues no piense más en mí.  
Bátase usted... ¡Necia yo  
que me afano porque él viva!

MARQ.

¡Es crüel la alternativa  
en que me pone!

ROS.

No, no...

Si ya no le exijo nada:  
que usted no me ama es un hecho,  
y ya perdí ese derecho  
de toda mujer amada.

MARQ.

¡Oh! No me hable usted así...  
no me hable usted de ese modo,  
porque yo renuncio á todo...  
por su amor!

ROS.

¿Al duelo?

MARQ.

Sí.

ROS.

¡Ah!

MARQ.

Retiraré la ofensa...

ROS.

¡Oh, gracias!

MARQ.

Estoy propicio,  
—y hago en ello un sacrificio  
aún mayor de lo que piensa—  
á dar la satisfacción  
consiguiente á mis agravios,  
—aunque me queme los lábios;—  
mas con una condición.

ROS.

¿Y cuál?

MARQ.

Que públicamente  
se dé la noticia ufana  
de que pediré mañana  
su mano.

ROS.

¿Tan de repente?...

MARQ.

Mañana. ¿No está propicia?...

ROS.

Pero... ¿tan pronto?...

MARQ.

Sí tal.

De ese modo, á mi rival

puedo darle la noticia  
al darle satisfacción  
por la ofensa, y—como es justo—  
á mi amor propio doy gusto  
en pago á la humillación.

ROS. Pero comprenda que ese es  
un paso precipitado...

Yo.. ni siquiera he contado  
con mi familia, Marqués;  
y, ni usted, ni yo, debemss  
hacer de ella caso omiso...

Esperemos—es preciso—  
unos días...

MARQ. Esperemos.

ROS. Es forzoso.

MARQ. (Ofreciendo el brazo á Rosalía.)

Bien. No trato  
de insistir... Casi me place.  
¿No publico nuestro enlace  
esta noche?... Pues me bato  
mañana.

ROS. ¡No, no; eso no!  
Espere usted un sólo día.

MARQ. No es posible, Rosalía,  
antes del duelo. El, ó yo.

## ESCENA XXII

DON JUAN y CARLOS

D. JUAN Sí, Carlos; vas á tener  
una sorpresa envidiada.

CARLOS ¿Qué sucede?

D. JUAN Casi nada:  
que estamos en el poder.  
Que diste con el registro;  
que te mimaba la fortuna,  
y que mañana á la una  
eres ministro.

CARLOS ¿Ministro?

D. JUAN ¿Yo ministro?

De Fomento.

Tu discurso.

- CARLOS Sin embargo...
- D. JUAN Mañana juras el cargo.
- CARLOS Pero, ¿qué méritos cuento?
- D. JUAN Pues no los has de contar.  
Lo reclama la opinión.  
¿No fuiste tú el eslabón  
que hizo la chispa saltar?
- CARLOS Permita usted que le arguya...
- D. JUAN Usted fué el que al fin y al cabo...  
Yo, sólo remaché el clavo;  
pero la gloria fué tuya.  
Lo has ganado.
- CARLOS Sin pensar...
- D. JUAN Mas, soy joven y—en conciencia—  
á mí me falta experiencia  
para saber gobernar.  
Y aunque reñí la batalla  
en el Congreso, no estoy  
en condiciones; no soy  
un político de talla.
- D. JUAN ¿Joven para gobernar?...  
También hay jóvenes duchos.  
Los políticos machuchos  
tiramos á conservar,  
y los ministros que innoven  
son buenos en el Consejo;  
que hace falta al tronco viejo  
la savia del tronco joven.  
Si tu política talla  
no es muy grande, no es ficticia  
como muchas. Hoy se vicia  
tanto la opinión... se halla  
tan disfrazada la astucia...  
que el dictado de «eminente»  
será pronto la patente  
de una procedencia súcia.  
Ni la talla, ni la edad  
son razones que deciden  
por sí; los hombres se miden  
por su talento.
- CARLOS Es verdad;  
pero hay en nuestro partido  
hombres de más suficiencia  
que yo.

D. JUAN                    ¡Bah! ¿Quiere vucencia  
que le regale el oído?  
Pues, señor, entre los cientos  
de políticos que suma  
España, no hay quien presuma  
no tener merecimientos  
para decir:—«Yo administro  
en la tierra y en el sol.»—  
Tú eres el sólo español  
que no quiere ser ministro.

CARLOS                    ¿Que no quiero?—¡Si supiera  
usted lo que á mí me halaga!—

D. JUAN                    Justo es que te satisfaga.

CARLOS                    ¡Oh!... tanto... ¡más que á cualquiera!  
Pero, ¡si parece un sueño!...  
¡Yo tan alto y de tal modo!  
¡A usted se lo debo todo,  
á usted!

D. JUAN                    ¿A mí? Ya es empeño.

Te lo debes á tí. Yo  
aunque hoy día puedo y valgo,  
podiera subirte algo,  
pero, tan arriba, no.  
Yo la escala coloqué;  
mas, con cabeza segura,  
tú has ascendido á la altura  
por tí mismo, por tu pie.

CARLOS                    ¡Oh, gracias! pero... No es vana  
modestia, ni tengo miedo  
al cargo; pero no puedo  
aceptar hasta mañana.

D. JUAN                    ¿Hasta mañana?

CARLOS                    Tal vez  
mañana...

D. JUAN                    ¿Qué?... Bueno fuera...

¡Bah! Te guardo la cartera  
hasta mañana á las diez.  
Cuenta en Palacio he de dar  
á las doce de mi encargo.

CARLOS                    Si á las diez no acepto el cargo...  
es que no puedo aceptar.

D. JUAN                    Mas ¿á qué esa indecisión?  
Todavía no me has dicho  
qué razón, ó qué capricho...

CARLOS No es capricho.  
D. JUAN Si es razón  
—sin que esto sea reproche—  
resérvala desde luego...  
CARLOS Que me permita le ruego  
callarla por esta noche.

### ESCENA XXIII

DICHOS, MERCEDES, ROSALÍA y LAURA

MERC. Salió lo que yo decía  
¿no es verdad?  
D. JUAN Probablemente  
CARLOS Don Juan será el Presidente  
del Consejo.  
MERC. Lo sabía.  
¿Y los ministros?...  
D. JUAN Lo siento;  
pero aún no es oportuno...  
Si acepta, aquí tenéis uno.  
El ministro de Fomento.  
LAURA (¡El!)

ROS. (¡Carlos!)

MERC. Si no podía  
ser otra cosa; si no...  
si ya lo decía yo...  
LAURA (Y dice que lo decía!)

D. JUAN Acepta de mala gana.  
Yo no sé qué le sucede,  
pero dice que no puede  
aceptar hasta mañana.  
MERC. ¡Tan joven y vacilar  
en ser ministro!...

D. JUAN Te choca...  
Otros tendrían la boca  
abierta para aceptar.  
Y ¿por qué?

MERC. No me lo ha dicho.  
D. JUAN Debe ser un gran secreto.  
CARLOS Hasta mañana...  
D. JUAN Respeto  
tu razón, ó tu capricho.





- Tengan ustedes paciencia.  
(Separándose del grupo y saliendo de la galería.)
- PER. 1.º Aquí hay que jugar por tabla.  
Vamos á ver con quién habla.
- PER. 2.º A ver con quién conferencia.  
(Los periodistas salen en pos de Don Juan.)
- CARLOS (A Mercedes que se coge de su brazo y le lleva hacia la galería.)  
Yo agradezco á no dudar  
ese cariño sincero.
- MERC. Ya sabes que yo te quiero.  
(¿Quién había de pensar?)

## ESCENA XXV

ROSALIA, LAURA y el MÁRQUÉS, cuando lo indica el diálogo en escena. Los demás, menos DON JUAN y los PERIODISTAS, en la galería. Al salir á esta MERCEDES y CARLOS, todos menos el MÁRQUÉS y los BARONCITOS, que entonces forman grupo aparte, se acercan y figuran felicitar á Carlos, á quien Mercedes les muestra como futuro Ministro

- LAURA (Dirigiéndose á Rosalía, que estará retirada á un extremo, con los ojos fijos en el suelo, y como ensimismada.)  
¡Gloria!... ¡Amor!... ¡Todo!... Recuerda.  
¡Todo lo pierde por tí,  
si muere mañana!...
- Ros. ¡Sí!
- LAURA ¡Qué importa lo que yo pierda!  
¡Ministro!... ¡Suerte cruel!  
¡Todo lo pierde!...
- Ros. ¡No!... ¡No!...  
¡No perderá nada!... ¡Yo  
lo pierdo todo por él!  
(Llegándose resueltamente á la galería, y llamando.)  
¡Marqués!...  
(El Marqués se separa de los Baroncitos, y viene á escena.)  
(A Laura.) Oye, y considera...  
considera lo que gano.  
¡Marqués, pida usted mi mano  
cuando quiera... cuando quiera!

Publique usted nuestra boda  
ahora mismo, si le place,  
y fije usted á nuestro enlace  
el día, si le acomoda...

A todo, á todo se allana  
esta mujer... ¡Me acomodo  
á todo, Marqués, á todo...  
si no se bate mañana!

MARQ.

Pues contaré, como es justo,  
con su mamá lo primero;  
y si acoge, como espero,  
mis propósitos con gusto,  
el mundo poco después  
sabrá, con grata sorpresa,  
á quién llamará marquesa  
del Valle, dentro de un mes.

(El Marqués sale á la galería, y llamando aparte á Mercedes habla con ella.)

ROS.

¡Dentro de un mes! ¡Oh, Dios mío!

LAURA

¡Rosalia! (Acercándose á ella.)

ROS.

¡Tú! ¡He triunfado!

Alégrate... ¡Se ha evitado...  
se ha evitado el desafío!

¡Tú sí que puedes, ahora,  
satisfecha estar y ufana!

Ya no se baten mañana.

¡He salido vencedora!

¡Vencedora! .. Ya lo ves.

¡Qué bien todo se arregló!

Ya no se baten... y yo

me caso con el Marqués.

¿Qué importa que haya perdido  
yo la vida en la batalla!

¡Alégrate!

LAURA

¡Calla... calla!

ROS.

¡Yo he luchado y tú has vencido!

¡Yo muero para él, sin gloria,  
como el obscuro soldado;

y á tí, que sólo has llorado,  
te aprovecha la victoria!

\*¿No te alegras? ¿Qué más quieres?

LAURA

\*Fuera mi conducta indigna;

\*porque ahora sí que eres digna

\*de su amor.

ROS. \*¡Ahora!...

LAURA \*¡Ahora lo eres!

ROS. \*Porque ya, ¿qué importo?

LAURA \*¡No!

\*Mal me juzgas. Porque pienso  
\*en tu sacrificio inmenso;  
\*porque le amas como yo;  
\*porque veo tu quebranto;  
\*porque te veo llorar...  
\*porque llegaste á probar  
\*cómo amarga el propio llanto.

(Mercedes, dejando de hablar con el Marqués, viene hacia la escena. El Marqués se acerca y habla aparte á Carlos, hasta que lo indica el diálogo.)

ROS. \*¡Bien! ¡Déjame con mi pena!  
\*¡Déjame morir de tedio!  
\*¡Ya la forjé, y—qué remedio,—  
\*si me ahoga la cadena!

## ESCENA XXVI

ROSALÍA, LAURA y MERCEDES en escena. CARLOS, EL MARQUÉS y los demás en la galería

MERC. ¿Rosalía?

ROS. ¿Qué, mamá?

MERC. Escucha. ¿Ya sabrás que el Marqués?...

ROS. Sí, sí; ya sé que mañana pedirá mi mano, y que en breve plazo seré...

MERC. Sí; Marquesa y rica. Yo me alegro. Pero, chica, ¡ha sido un escopetazo!

ROS. El Marqués cayó en la red... ¡Ser Marquesa era mi sueño!

CARLOS Bien, Marqués, no tengo empeño en batirme con usted. Mas siempre que haga su labio en público mi defensa; pues fué pública la ofensa, que lo sea el desagravio.

ROS. Vamos á hacer los honores.

ESCENA XXVII

DICHOS, CARLOS, MARQUÉS, CONDESA, ALTAVIDA, baroncitos  
SOTO y COTO y los PERIODISTAS

CARLOS (Entrando en escena con el Marqués.)  
Si esa merced me conceden,  
les suplico que se queden  
y oigan... lo que estos señores...  
(Volviéndose á los que están en la galería. Todos  
vienen á escena y escuchan con curiosidad.)  
La malicia, ¿en qué no media  
la malicia?...

ALT. Sí.

CARLOS Creyó,  
viendo mucho más que yo,  
ver en mi última comedia,  
que ficción, es realidad,  
que bien pudo, y que bien puede  
suceder, porque sucede  
todos los días.

ALT. Verdad.

CARLOS ¡Oh! Pero dió el malicioso  
en pensar, y dijo:—«Me harto  
de esta vez», é hizo el reparto  
de un modo muy ingenioso.  
En mi obra hay un Marqués,  
y el malicioso, de fijo,  
vió al Marqués del Valle, y dijo:  
—«Ya tengo Marqués.»

MARQ. Eso es.

CARLOS Y como nadie hay que calle  
lo que dice la malicia,  
cundió y llegó la noticia  
al señor Marqués del Valle;  
y como el señor Marqués  
estima tanto su honor,  
vino á pedir al autor  
una explicación, después.  
El autor—por más que el modo  
de pedirla era importuno—  
la dió—sin temor alguno—  
satisfactoria. Con todo,  
el Marqués, que á todo trance



quería que un lance hubiera,  
insultó de tal manera  
al autor, que vino el lance  
Después... Mas le que después  
entre ambos llegó á ocurrir  
se lo debe referir

—y así lo espero—el Marqués.

MARQ.

Todos me conocen ya,  
y saben tengo renombre  
de no temblar ni ante un hombre,  
ni ante un arma... Nadie habrá  
que sospeche temo yo...  
Si alguno lo sospechara  
dígamelo cara á cara  
y le probaré que no.

(Los Baroncitos Coto y Soto se apresuran á decir que  
no, de una manera cómica.)

Pues bien; yo... por mis razones...  
por justicia... por capricho...  
por lo que el señor ha dicho...

porque sus explicaciones  
admito y las considero  
bastantes entre hombres cultos...  
retiro cuantos insultos  
dirigí á este caballero.

Y sin palabras difusas,  
y para que este incidente  
tenga fin, públicamente  
le presento mis excusas.

Y acabada la cuestión,  
puedo darle la noticia...  
y á ustedes—porque propicia  
me parece la ocasión,  
y porque mucho me ufana  
y mucho con ella gano,—  
de que pediré la mano  
de Rosalía, mañana.

CARLOS

SOTO

COTO

MARQ.

Yo lo celebro, Marqués.

¡Qué sorpresa!

¡Qué sorpresa!

Dios mediante, la marquesa  
del Valle, dentro de un mes.

(Presentándola á todos que van sucesivamente, y como  
lo indica el diálogo, acercándose á felicitarla.)



CARLOS Como mi amistad, tus bienes  
mira como propios, quiero  
ser, Rosalía; el primero  
en darte mil parabienes.  
Que en tu existencia futura  
logres la felicidad  
que desea mi amistad  
y merece tu hermosura.

ALT. Me ha cogido de sorpresa.  
Lo han hecho ustedes muy bien.  
Mi más cordial parabién  
á la futura marquesa;  
que vencedora en la lid,  
se presentará orgullosa,  
y será la más hermosa  
marquesa que habrá en Madrid.

ROS. ¡Oh!...

ALT. Con gran satisfacción,  
mañana, veráz cronista,  
anunciaré en mi revista  
la boda y la petición.

SOTO Mi enhorabuena también.  
COTO Y la mía.

COND. No te pasas...

¡Dichosa tú que te casas,  
Rosalía, pronto y bien!

ROS. ¡Oh, muy dichosa!... Señores...  
¡Muchas gracias!... ¡Gracias mill...  
¡Mil gracias!...

LAURA (¡Está febril!)

ROS. ¡Gracias por tantos favores!  
Pero, vamos al salón...  
¡Ay de mí!...

(Sintiéndose desfallecer, se apoya en un mueble para  
no caer. Todos la rodean. Ella hace un poderoso es-  
fuerzo de voluntad, y logra sobreponerse al desmayo.  
Estúdiense bien todo este final.)

UNOS  
OTROS  
MARQ.

¿Qué?

¿Qué?

¿Qué ha sido?

ALT.  
MERC.  
SOTO  
COTO

¿Qué?

Nada, nada; un vahido.

La emoción...

Sí; la emoción.

ROS. ¡Nada... nada!... ¡La alegría!...  
¡El contento!... ¡Estoy dispuesta!...  
¡Señores, siga la fiesta!...  
¡Vamos!...

LAURA (¡Pobre Rosalía!)

SOTO ¿Qué opinas? (A Coto.)

COTO (A Soto.) ¿Qué he de opinar?

Que somos unos lampiños...

¡Que nos han llamado niños!...

SOTO ¡Y quedamos sin vengar!

(Todos van saliendo por la galería, pero sin desaparecer de la vista del público.)

CARLOS ¡Yo ministro! Pero, ¿es cierto?

¿Laura me ama? ¿Son antojos?

¿Estarán ciegos mis ojos?

¿Estoy soñando ó despierto?

¡Pasan cosas en el mundo!...

¡Quién iba á decirme á mí!...

Como en mi comedia. Así

concluye el acto segundo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto primero.—Un timbre.—Servicio de café.—Es de noche.

## ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, LAURA, MERCEDES, DON JUAN, CARLOS y un CRIADO que sirve el café, y se retira, y anuncia cuando lo indica el diálogo

D. JUAN    ¡Vaya un día! ¡Vaya un día! (Entrando.)  
¡Si me dejarán tomar  
café! (Al Criado.) Sólo estoy en casa  
para alguna autoridad,  
embajador ó ministro.  
Las señoras, sólo están  
para personas de mucha  
confianza. Puede ir. Ya  
nos serviremos nosotros. (El Criado se retira.)  
Si no, se iba esto á llenar,  
porque ahora tiene su templo  
aquí Santa Credencial;  
esa santa milagrosa,  
española, á no dudar,  
hija de dos santos: Santa  
Recomendación y San  
Ministro, su esposo, al que hace  
martir su cara mitad.  
Tú no sabes todavía...  
Pero, ¡ya me lo dirás!

LAURA

(A Carlos, que habrá servido azúcar á las señoras.)

Yo voy á servirte ahora.  
¿Te gusta muy dulce?

CARLOS

Ya.

Hoy va á saberme el café,  
cual no me supo jamás.  
¡Magnífico! (Después de probarlo.) ¡Si supiera  
que no se iban á enfadar  
las nueve musas, diría  
que para mí hay una más.  
La del café.

ROS.

(¡Y al decirlo,  
la mira!)

CARLOS

Y muy ideal.

Una musa que ilumina  
el pensamiento. Serán  
tal vez preocupaciones;  
pero después de tomar  
el café, se me figura  
que es mi cerebro un volcán  
de pensamientos, que hierven  
como queriendo volar;  
y mil veces, al impulso  
de mi fantasía audaz,  
entre el humo del cigarro  
he creído contemplar  
mil ideas que volaban  
con aleteo fugaz,  
buscando la luz y huyendo  
de la fría realidad.

MERC.

Eso es propio del poëta,  
que no hace sino soñar,  
remontándose á las nubes,  
y aun á veces, más allá;  
pero el hombre, al cabo, vive  
en la región terrenal,  
y la atmósfera del mundo  
le es forzoso respirar.

CARLOS

¡Oh, sí! Le es forzoso al cuerpo;  
pero el alma vive más  
cuanto más alta, y si el aire  
que encuentra viciado está,  
busca un aire oxigenado  
de virtud y de bondad.

D. JUAN

Pues, por desgracia, hoy en día,

de la conciencia á pesar,  
se concede mucho al cuerpo,  
pero al alma.. ¡Dios dirá!  
Y el mal ya no tiene cura:  
es crónico...

MERC.                                   Pues dejad  
dormir tranquilo al enfermo,  
si no le habéis de curar.  
Yo creo que no se muere  
tan pronto.

D. JUAN                                ¡No; vivirá  
mucho tiempo todavía!...  
Pero, de algo hemos de hablar.

MERC.                                No parecéis dos ministros...

D. JUAN                                ¿Y por qué?

MERC.                                Porque no habláis  
de política. Ni ahora  
ni al comer.

D. JUAN                                ¿Ni al comer? ¡Ah!  
¡Mujer, dejadnos siquiera  
comer con tranquilidad!

MERC.                                Desde ahora no pregunto.  
Me tendré que contentar  
con saber por los diarios,  
lo que cualquiera sabrá.  
Cualquiera, sí... Que hoy jurásteis;  
que Carlos juró de frac;  
que se indica á don Fulano  
para un puesto, aquí ó allá;  
que á la embajada de Roma  
van don Pedro ó va don Juan;  
que á la de París, el duque,  
ó el marqués ó el general;  
que llueven las dimisiones;  
que las Cortes cesarán  
en sus tareas; que todos  
encuentran muy natural  
tu elevación... y la tuya...  
y pare usted de contar.

D. JUAN                                Pues, sabiendo todo eso,  
sabes lo que los demás  
sabemos, porque aún nosotros  
no sabemos quién irá  
á París, y quién á Roma,

ó á Pekín, ó á Portugal.  
MERC. Bien.  
CRIADO La señora Condesa (Anunciando.)  
de la Ría.  
MERC. ¿A qué vendrá?  
D. JUAN A pedir algo; de fijo,  
MERC. ¡Condesa!...  
D. JUAN (A Carlos.) (Ya lo verás.)

## ESCENA II

DICHOS y LA CONDESA

COND. No agradezcan mi visita.  
Mi más cordial parabién.  
¿Qué tal desde anoche?  
MERC. Bien.  
COND. Tú siempre tan modosita... (A Laura.)  
Tú estarás hoy toda llena (A Rosalia.)  
de orgullo y dicha, y no en vano.  
¿Quién ha pedido tu mano?  
Recibe mi enhorabuena.  
ROS. Aún no, condesa; después...  
cuando llegue la ocasión.  
MERC. No se hizo la petición,  
porque el tío del Marqués,  
el Duque de Montefrío,  
se puso enfermo de pronto...  
COND. ¡Ah, sí! ¡Vamos! (¡Para el tonto  
que se crea eso del tío!)  
Pero ustedes sí que están  
de enhorabuena...  
D. JUAN Según...  
CARLOS No lo sabemos aún,  
Condesa, aunque nos la dan.  
COND. Aunque sea anticipada,  
yo se la doy á los dos.  
D. JUAN Usted siempre tan...  
COND. ¡Por Dios!...  
Muchas gracias.  
D. JUAN (A Carlos.) (¡Rematada!  
Se ha figurado que encomio  
sus gracias. ¡Pues me dividel...



Ya sé yo lo que ésta pide.

Sí, señor; un manicomio.)

CRIADO

Señora, no sé si son...

El señor Barón del Soto.

El señor Barón del Coto.

(Mercedes indica que pueden entrar.)

D. JUAN

(Ni aun juntos son un varón.) (A Carlos.)

### ESCENA III

#### DICHOS y LOS BARONCITOS

SOTO

¡Elegantel (A Mercedes, saludándola.)

COTO

¡Elegantísima! (Idem íd.)

SOTO

¡Siempre bella! (A Laura.)

(A Rosalía.)

¡Siempre hermosa!

COTO

¡Siempre! (A Laura.)

(A Rosalía.) ¡Siempre!

SOTO

Usted, *preciosa*,  
Condesa.

COND.

¡Oh, no!

COTO

¡Preciosísima!

SOTO

¿Qué tal, Duque?

COTO

¿Duque?

D. JUAN

Así,

así, señores.

SOTO

¿Qué tal  
esa Presidencia?

COTO

Mal  
estos días, ¿verdad?

D. JUAN

Sí.

(Los Baroncitos saludan á Carlos con una inclinación de cabeza, muy graves y forman grupo y hablan con las señoras)

(A Carlos.) Ya ves cómo me han tratado.

Estos niños que se hombrean

son terribles. ¡Me tutean

el día menos pensado!

CARLOS

Y estos dos, ¿qué pedirán?

D. JUAN

También lo sé, y no me admiro.

Una jaula en el Retiro.

CARLOS

Si la piden, se la dan.

D. JUAN (Señalando á los baroncitos, que hacen aspavientos y gesticulan de una manera ridícula.)  
Observa. Son de buen tono esas fachas y esos gestos...  
Si tú y yo no, lo que es estos sí que descienden del mono.  
Señor Presidente...  
CRIADO  
D. JUAN ¿Quién?  
CRIADO Dicen de la Presidencia que si hace el favor vucencia de ir al teléfono.  
D. JUAN Bien.

#### ESCENA IV

DICHOS menos DON JUAN y el CRIADO; la Condesa se separa del grupo formado por los demás, que seguirán hablando hasta que lo indica el diálogo, y se acerca y habla con Carlos

COND. Aguilar, digo, señor ministro, contra usted vengo.  
CARLOS ¿Contra mí, Condesa?  
COND. Tengo que pedir á usted un favor.  
CARLOS Usted me dirá, Condesa.  
COND. Me va usted á dar un destino.  
CARLOS ¿A usted?..  
COND. Para mi sobrino. Quiero darle una sorpresa. Un destino descansado. En Madrid. No le conviene fuera. Mi sobrino tiene el título de abogado por esta Universidad. Recién salido del aula. Dejó el pájaro la jaula, no sé cómo, la verdad. A mí no hay quien me convenza de que sabe... No le importa. Eso sí, nunca se corta.  
CARLOS Pues si no tiene vergüenza, tiene mucho adelantado.  
COND. Pero tiene poco seso,

y es muy holgazán. Por eso  
quiero que sea empleado.

CARLOS ¿Por eso? ¡Buena humorada!

COND. No lo necesita, es rico;  
pero de ese modo, el chico  
disimula el no hacer nada.  
Conozco yo más de cuatro  
en circunstancias iguales.  
Con esos doce mil reales  
tiene... para ir al teatro.

CARLOS Sí. Y usted tan satisfecha.

COND. ¡Ya lo creo! Mi sobrino  
es un muchacho muy fino.

CARLOS ¡Vaya!

COND. Con que, ¿cosa hecha?

CARLOS ¿Y si no tengo vacante?

COND. La hace usted.

CARLOS ¡Oh, desde luego!

Voy, doy un palo de ciego,  
y ya tiene usted un cesante.  
Así todo se concilia.

Cojo un antiguo empleado,  
probo, inteligente, honrado,  
con numerosa familia;

y para que se divierta  
también, con todo su enjambre,  
le doy... ¡la miseria... el hambre  
llamando siempre á su puerta!

¿Qué nos importa llevar  
el hambre, de una plumada,  
á una prole dilatada,

y la miseria á un hogar?

¿Qué nos importa el sufrir  
horroroso de una madre?

¿Qué el terror de un pobre padre  
contemplando el porvenir?

También así hay más de cuatro...

Por la noche, su sobrino,  
que es un muchacho muy fino,  
se va tranquilo al teatro.

COND. Es usted poco galante.

CARLOS Pídame usted algo justo  
y lo haré con mucho gusto;  
pero no tengo vacante

- ninguna, y como administro  
por primera vez, me pesa...  
COND. ¡Qué sentimental!
- CARLOS Condesa,  
pues qué, ¿no es hombre un ministro?
- COND. ¡No es usted poco mirado!..  
Me lo va usted á colocar;  
á él no le importa esperar.
- CARLOS Bien, pues que espere...  
(La Condesa le da las gracias con una inclinación de  
cabeza y va á reunirse á los demás.)  
(Sentado.)
- SOTO ¡Qué revista la que ha escrito  
Altavida!
- MERC. (Con fingida modestia.) Exagerada...
- COTO No, no ha exagerado nada.
- SOTO No; pero, ¡cómo ha descrito!
- COND. Describe que es un primor.
- COTO Y hoy con justicia, Mercedes.
- MERC. También se ocupa de ustedes.  
Y entre ellas... ¡puesto de honor!
- COND. A tí te trata muy bien  
con motivo de tu boda.  
¡Vaya, la niña de moda!  
¡Oh! Y á Mercedes también.  
De tí habla en esta revista  
muy poco...
- CARLOS La violeta  
es flor tímida y respeta  
su timidez el cronista.  
Además, que Laura no  
necesita que la alaben;  
los que la conocen, saben  
todo lo que vale.
- LAURA ¿Yo?
- CARLOS Sí. Los elogios verdad  
no brotan, como la espuma,  
de los puntos de una pluma  
que mueve la vanidad;  
sino, mirándose bien,  
sencillos, si verdaderos;  
que los elogios sinceros  
tienen su pudor también.

## ESCENA V

DICHOS, ALTAVIDA y el CRIADO que anuncia

- CRIADO El señor Ramírez.  
(Todos se miran, desconociendo al anunciado, hasta que aparece Altavida y exclaman:)
- TODOS (Menos Mercedes.) ¡Ah!  
¡Altavida!
- MERC. Bien venido.  
Renuncie usted á su apellido.  
Nadie lo conoce ya.
- ALT. Renunciaré. ¿Usted aquí,  
Condesa?
- COND. Sí. ¿No creía  
usted?..
- ALT. Laura... Rosalía...  
No se quejarán de mí.  
(A los Baroncitos, dando á cada uno una mano.)  
Aunque tenía excelencia  
ya por sus obras, señor  
ministro, tengo el honor  
de saludar á vucencia.
- CARLOS Y yo á vuestra majestad.  
—Majestad le considero.—
- ALT. ¿A mí?
- CARLOS Altavida primero,  
que alzó rey la vanidad.  
Pregunte usted á la parte  
más bella de nuestra grey.  
Las damas le aclaman rey  
porque alza usted su estandarte,  
y si acaso se le escapa  
llamar hermosa á una horrible,  
para esa es usted infalible,  
y en su interior le hace papa.
- SOTO O papá, ¿verdad?
- COND. ¡Barón!
- ¡Atrevido!
- COTO ¿Qué más dá?
- COND. Con un acento, papá.  
¡Vaya con la acentuación!





- ALT. Poco, señor Presidente,  
significo; sin embargo,  
de la merced no me encargo,  
porque tengo muy presente  
que—siéndole muy propicia—  
como se trata de usted,  
aun vendiéndola merced,  
sería siempre justicia.
- D. JUAN Pase, en gracia á los recodos,  
la frase, aunque no lo creo.  
Justicia sólo deseo.  
Mil gracias de todos modos.
- ALT. Supongo que todavía  
las elecciones ..
- D. JUAN No sé.
- ALT. De diputados.
- D. JUAN ¿Por qué?
- ALT. Porque me presentaría  
—aunque no soy hijo ó yerno—  
si ustedes...
- D. JUAN Bien; eso aparte,  
¿por dónde?
- ALT. Por cualquier parte.  
Por donde quiera el Gobierno.
- D. JUAN ¡Ah, vamos!
- ALT. En eso copio  
á muchos...
- D. JUAN Me hace usted gracia.
- ALT. Soy joven, y aún, por desgracia,  
no tengo distrito propio.
- D. JUAN De aquí á entonces... Sus anhelos  
son un poco anticipados.
- MERC. No; de los adelantados  
es el reino de los cielos.
- D. JUAN Ya veremos de que sea  
de usted el reino celestial.
- ALT. Yo seré ministerial  
siempre...
- D. JUAN ¿Siempre? ¡Gran idea!
- ALT. De ustedes.
- D. JUAN O de un extraño.  
Mientras le convenga, bien.
- ALT. Yo...
- D. JUAN No se ofenda. También.

- Soy sastre y conozco el paño.  
Pero yo...
- ALT.  
D. JUAN                   No son antojos.  
Son desengaños acerbos.  
He criado muchos cuervos  
que me han sacado los ojos.
- ALT.  
D. JUAN                   Yo siempre fui consecuente.  
Yo lo dije, por si acaso.  
En fin, cuando llegue el caso...
- ALT.  
SOTO                    Gracias, señor Presidente.  
Nosotros, aún no tenemos  
la edad...
- COTO                    ¡Oh! no; todavía ..
- D. JUAN                ¿No? ¡Qué lástima!
- SOTO                    Algún día,  
si vivimos, la tendremos.
- COTO                    Pero eso no importa nada,  
¿verdad? (A Soto.) Si no diputados,  
podemos ser agregados  
de embajada.
- D. JUAN                ¡Qué embajada!
- SOTO                    Donde podamos brillar.  
En París, ¿eh?
- COTO                    Sí; en París.
- D. JUAN                Es muy frío aquel país;  
se van ustedes á helar.  
Si quieren ir al Japón,  
ó á la China, allí, corriente.
- SOTO                    ¡Al Japón, no, francamente!
- COTO                    ¡No; ni á la China, barón!
- COND.                 ¡Oh, sí! A ver si nos embroman.  
Con dos trajes de chinitos  
estarían muy bonitos.
- SOTO }  
COTO } ¿Sí?  
MERC.                 Donde las dan, las toman.
- SOTO                    ¡Gracias! ¡No queremos nada!  
¡Si á París no, renunciarnos!
- COTO                    ¡Lo que es á China, no vamos...  
no vamos con la embajada!
- D. JUAN                ¡Vaya! ¿Conque no se inclina  
su ánimo?... ¡Cómo ha de ser!  
Tendría yo un gran placer  
en mandarles á la China.

¡Animense! Una vez sola  
se presenta la ocasión...  
Crean ustedes que son  
unos niños.

SOTO  
COTO  
D. JUAN

¡Dale, bola!

Señores, nos es preciso  
dejarles.

MERC.  
D. JUAN  
CARLOS  
D. JUAN  
CARLOS

¿Vas á salir?

Más tarde, ¿quieres venir?

Sí, señor.

Con su permiso.

Que nos dispensen les ruego  
también.

COND.  
CARLOS  
LAURA  
CARLOS

¡No faltaba más!

(Vendré aquí, Laura.)

(¡Ah! ¡vendrás!)

No me despido. Hasta luego.

## ESCENA VII

DICHOS, menos DON JUAN y CARLOS. Despues el CRIADO

COND.  
ROS.  
MERC.

¿No te choca, Rosalía,  
que el Marqués no haya venido?

¿A mí? ¡No!

No habrá podido.

COND.

A mí sí me chocaría.  
Puede que el duque haya muerto.  
Olvidaba ese detalle.

CRIADO  
SOTO  
COTO  
ALT.  
COND.

El señor Marqués del Valle.

¡Ah!

Tardío, pero cierto.

## ESCENA VIII

DICHOS y el MARQUÉS

MERC.  
MARQ.

Adiós, Marqués. ¿Y su tío?

Igual. Laura... Rosalía...

(va dando la mano á todos.)

COND.

Marqués, me he quedado fría

- con eso de Montefrío.  
Algún ataque, ¿verdad?  
ALT. ¿Iba á hacer la petición  
en su nombre?...
- MARQ. Sí. Barón...  
Barón...
- COND. ¡Qué casualidad!  
¡Si en esta vida no hay modo  
nuncal... Está todo corriente,  
y, de pronto, un accidente...
- MARQ. Sí.  
COND. Lo descompone todo.  
MERC. (Cortando la conversación.)  
¿Les parece que pasemos  
á la sala de billar?...  
Pueden ustedes jugar.
- ALT. Los barones. Los veremos.  
Su especialidad es esa...
- SOTO }  
COTO } No...  
MER. }  
Cuando quieran ustedes,  
señores.  
(Ofreciéndola el brazo.) Laura...  
SOTO Mercedes...  
COTO (Idem.)  
MARQ. (Idem.) Rosalía...  
ROS. Bien...  
ALT. (Idem.) Condesa...  
COND. (A Altavida.) ¿Cree usted en la enfermedad  
de Montefrío?
- ALT. No... y sí,  
Condesa.
- COND Pues, para mí,  
es pretexto, la verdad.  
(Salen por una de las laterales, por este orden: Mercedes y Coto, Laura y Soto, la Condesa y Altavida, despues de hablar casi en la puerta lo anterior. El Marqués se detiene con Rosalía en el centro de la escena.)

ESCENA IX

ROSALÍA y MARQUÉS

- MARQ. Un momento, Rosalía.  
Debo á usted una explicación.
- ROS. Ninguna. ¿Por qué razón?  
Lo mismo dá cualquier día.
- MARQ. Lo mismo dá; pero creo  
deber dar explicaciones,  
porque á veces hay razones  
que pueden más que el deseo.  
(Rosalía suelta el brazo del Marqués. Breve pausa.)  
Anoche, haciendo algo impropio,  
tal vez, de un hombre de honor,  
por satisfacer mi amor  
y parte por amor propio,  
prometí pedir su mano  
hoy, y anuncié, por sorpresa,  
que sería usted Marquesa  
del Valle. Cedí al tirano  
influjo de su beldad;  
pero renunciando á un duelo  
y arrastrando por el suelo,  
acaso, mi dignidad.  
Mas á poco de anunciarse  
que yo su mano pedía,  
estuvo usted, Rosalía,  
á punto de desmayarse,  
y, poniéndose en lo justo  
la malicia, que hoy se explaya,  
pensó que no se desmaya  
mujer que se casa á gusto,  
y, á la verdad, no está en moda  
ni es natural ni frecuente  
que se desmaye la gente  
al publicarse su boda  
Pues si pensó la malicia  
de ese modo, y pensó bien,  
comprenderá usted también  
que yo, pensando en justicia,  
formara ese mismo juicio,

pero con mayor alcance  
que para evitar el lance  
hacia usted el sacrificio  
de unir su nombre á mi nombre,  
y que la mano ofrecida  
no era por salvar mi vida,  
sino la vida de otro hombre.  
Ya en casa, cobré más calma,  
y me dije, allá en mi mente:  
«Yo no quiero solamente  
un cuerpo, yo quiero un alma.  
Si yo no busco el amor,  
hay quien vende su hermosura;  
si yo quiero una escultura,  
se la pago á un escultor...  
pero si, fea ó hermosa,  
esposa tomo algún día,  
quiero yo que sea mía,  
en cuerpo y alma, mi esposa.»  
Esto, en aquellos instantes,  
dije, y añadí además:  
«No quiero una estatua más;  
tengo en mi casa bastantes.»  
Acaso usted me creyera,  
hasta anoche, de otro modo...  
Rosalia, seré todo  
lo frívolo que usted quiera;  
más no puedo descender,  
estando de ello advertido,  
á ofrecerme por marido  
sin que me ame una mujer,  
y si además ama á otro hombre,  
mucho menos. Lo confieso:  
me estimo mucho para eso  
y estimo mucho mi nombre.  
¿Me ama usted?

Ros.

No.

MARQ.

¡No! Adelante.

Ros.

Cuerpo sin alma sería  
á su lado; estatua fría.

MARQ.

¡El *no* sólo, era bastante!  
¿Le ama usted?

Ros.

Sí. La verdad;  
ha sido mi único amor.



MARQ. ¡No añada usted, por favor,  
al desprecio la crueldad!  
¡No hace falta, no! ¡A buen precio  
estoy ya bien convencido!...

ROS. Marqués...

MARQ. ¡Usted no ha podido  
ser más franca, y yo más necio!

ROS. Otro remedio no había,  
Marqués; su vida salvaba...

MARQ. Sí; la mía, ¿qué importaba,  
verdad? ¿Qué vale la mía?  
Para mí, no habrá quien halle  
de su piedad ni un indicio...  
Para él... hasta el *sacrificio*  
de ser marquesa del Valle.

¡Y yo rebajé mi nombre  
ante ese hombre, Rosalía!  
¡Oh, no, porque todavía  
puedo yo matar á ese hombre!  
¡No, no!

ROS.

MARQ. ¿Y eso la hace mella?

Una mujer veleidosa  
debe mostrarse orgullosa  
de que se maten por ella  
dos hombres que la han amado.  
¡Qué honor! Ella lo ha querido;  
ella sus celos ha herido;  
ella los ha provocado.

¿Que en sangre cobra el tributo?  
¡Si sembró odio en vez de amor,  
no se queje el labrador  
ahora que recoge el fruto!

ROS. Yo tengo la culpa, sí,  
de todo lo que sucede.

MARQ. ¿Usted cree que se puede  
jugar con un hombre así?

ROS. ¡No, no! ¡Ya veo que no!  
Podrá no tener disculpa  
mi proceder; más ¿qué culpa  
tiene él de que le ame yo?

MARQ. Sí; ninguna, Rosalía.  
Perdone usted mi arrebató.  
Descuide usted; no me bato  
por usted. ¡Necio sería!

Y aunque su sinceridad  
crüel mi desdicha labra,  
devuelvo á usted su palabra  
y cobro mi libertad,  
pesándole al caballero  
haberse precipitado  
tanto anoche; haberle dado  
*dos cuartos al pregonero.*  
Deploro que sea así,  
pues siento ¡á fé de mi honor!  
el ridiculo... mayor  
para usted que para mí.  
Ros. Mi orgullo sufre el castigo.  
Siento no poder amarle,  
Marqués; mas puedo llamarle  
mi amigo mejor.

MARQ. ¡Su amigo!  
El que ha llegado á ocupar  
posición más alta y digna,  
ese ya no se resigna,  
si no es forzoso, á bajar.  
Y no es *forzoso* que baje  
yo, que fuí su prometido,  
y, además, que he decidido  
emprender un largo viaje.  
El campo dejo, y no lucho  
por ser su amigo tampoco.  
Si para su amor soy poco,  
para su amistad soy mucho.  
Voy á ver á su mamá,  
y á darle alguna disculpa...  
Me echaré toda la culpa...  
Diré... No sé... ya saldrá.

## ESCENA X

ROSALÍA

Es digno... Y tiene razón...  
Mas tan hecho está al arrullo,  
que, sin querer, á mi orgullo  
le pesa la humillación.  
Pero ¡ya soy libre, ya!

¿Que no me pide el Marqués?..  
Una campanada. No es  
la primera que se da.  
¡Ya soy libre! Y todavía,  
aunque sea presuntuosa,  
soy hermosa... más hermosa  
que Laura... Sí, Rosalía.  
Y si ella por Carlos muere,  
por Carlos muero también.  
Veremos quién vence á quién;  
veremos á cuál prefiere.  
Lucharemos. Mi mayor  
dicha será ser su esposa;  
y me halaga ser hermosa  
sólo por lograr su amor.  
¡Su amor, sí! No por despecho,  
ni por vanidad tampoco...  
¡por amor, por amor loco,  
que llena todo mi pecho!  
Porque yo no viviría  
sin su amor... ¡Idea horrible!  
Pero... si eso no es posible.  
Carlos me ama todavía.  
Carlos me ama, me ama, sí.  
Fuera dudas y recelos...  
El finge, por darme celos,  
que prefiere á Laura á mí.  
Lo finge, y si hubiera yo  
sido de otro, despechado,  
hasta se hubiera casado  
con ella; pero ahora no.  
Ahora ya no puede ser...  
No será... yo se lo fio...  
Su amor siempre ha sido mío,  
y nunca de otra mujer.  
¡Nunca, no! ¡Qué más quisiera!  
Yo he sido su amor primero,  
—¿lo oyes?—Su amor verdadero,  
Laura, su ilusión primera.  
Si ayer, necia, le causaba  
á traición profunda herida,  
hoy, por salvarle la vida,  
toda mi existencia daba.  
A todo estaba dispuesta

por él. Tú, en cambio, ¿qué has hecho?  
Dí. ¿Quién tiene más derecho  
á su amor, tú ó yo? ¡Contesta!  
¡Oh! Pero qué necedad  
la mía. Pierdo el aplomo,  
y estoy hablando alto, como  
si la hablase de verdad...  
como si estuviese ahí,  
y atenazándome el alma  
los celos... ¡Oh, calma, calma!  
Quiero ser dueña de mí.

## ESCENA XI

ROSALÍA y MARQUÉS

ROS. ¿Se marcha usted ya?  
MARQ. ¿Qué espero  
en esta casa? Después...  
mañana, que hay *sud-express*,  
saldré para el extranjero.  
ROS. Perdón, Marqués.  
MARQ. Al marchar,  
sólo deseo una cosa:  
que sea usted muy dichosa  
casada con Aguilar.  
Que la ame á usted, Rosalía,  
como yo la hubiera amado;  
que, feliz, siempre á su lado,  
no sufra usted algún día  
lo que sufro... y si á su oído  
llega alguna vez mi nombre,  
diga usted:—«Me amaba ese hombre  
¡tanto!... ¡tanto!... ¡que ha partido,  
para no volver quizás,  
por huir de mi hermosura  
y no turbar mi ventura  
con su presencia jamás!»  
ROS. Gracias, Marqués.  
MARQ. ¡Rosalía,  
ahora... ¡adiós!  
ROS. (Alargándole la mano.) ¡Adiós, Marqués!  
MARQ. No, Rosalía. A sus piés.  
Esa mano... ya no es mía.

## ESCENA XII

ROSALÍA

¡Merezco que me proclamen  
necia, necia y veleidosa!  
Pues, señor, es fuerte cosa  
que todos los que me amen  
me amen con amor profundo,  
y que yo halle siempre modo,  
siempre, de que sufra todo  
el que me ame en este mundo.  
Mas ¿qué me importa el Marqués?  
¡A desplegar los encantos  
conque se han rendido tantos,  
tantos hombres, á mis piés!

## ESCENA XIII

LAURA y después CARLOS

LAURA           ¿Y Carlos, dónde estará?  
Ya se marchó Rosalía...  
Me dijo que aquí vendría..  
¡Dios mío! ¿Cuándo vendrá?  
CARLOS           ¡Laura! ¿Pues, y?... ¿Ya se fueron?  
LAURA           No; pasamos al billar,  
y allí están viendo jugar  
á los barones.  
CARLOS                            Hicieron  
bien. ¿Verdad que hicieron bien?  
LAURA           Sí, Carlos.  
CARLOS                            ¿Y tú, qué hacías?  
LAURA           Pensaba que aquí vendrías,  
y aquí he venido también.  
CARLOS           Libres de ojos indiscretos,  
aquí podemos hablar,  
mientras ven cómo al billar  
juegan esos dos muñecos.  
Díme, Laura, ¿no recuerdas  
á la hermosa Carmen? Dí.





como en un espejo fiel,  
y al mirarse sin careta  
dísfrizaba su egoismo,  
y se aplaudía á sí mismo  
al aplaudir al pöeta.

LAURA Yo, en cambio, no te aplaudí;  
la emoción, no me dejaba;  
pero yo, Carlos, lloraba  
de alegría.

CARLOS Ya te ví.

LAURA ¿Me viste?

CARLOS Sí; cuando alzaron  
el telón, y pude ver,  
ó queriendo ó sin querer,  
mis pupilas os buscaron,  
y al mirarla á ella tan dura,  
y al mirarte á tí tan buena,  
sentí una especie de pena  
saturada de ventura.

LAURA Yo no podría explicar  
lo mucho que me alegraba,  
tan sólo sé que lloraba  
sin poderlo remediar;  
y aunque anhelaba decirte  
mis inmensas alegrías,  
estas pobres manos mías  
no supieron aplaudirte.  
¿Ves que ingratas? No supieron...

CARLOS Pues, mira, serán antojos;  
las lágrimas de tus ojos  
bien gratas me parecieron.  
El ruído que hacen las palmas,  
¿qué es en suma? aire, sonido;  
las lágrimas no hacen ruído,  
pero llegan á las almas.  
Joyas de hermoso joyel,  
yo las tuyas ví, y al verlas  
ví también que había perlas  
sobre mi fresco laurel.  
Sentí, enmedio á mi emoción,  
otra emoción más süave:  
miró una estrella la nave  
perdida del corazón,  
y en su obscura lontananza

te encontró mi sentimiento,  
realidad de un pensamiento,  
aurora de una esperanza.  
Oye, Laura. Yo volvía  
á Madrid, lleno de fe,  
y lleno de amor...

LAURA

Ya sé...

CARLOS

¡todo para Rosalía!  
Pero llegué, y al llegar,  
ya sabes lo que pasó:  
aquel afecto murió  
para no resucitar.  
Mas no murió de repente,  
aunque herido por el rayo;  
cayó en lánguido desmayo,  
como el sol en Occidente;  
y luego, en la noche obscura  
hubiera dado, á no ser  
porque miró amanecer  
otro sol de luz más pura.  
Sus distintos arreboles  
los dos soles confundían,  
y, ¡cosa rara! fingían  
un crepúsculo dos soles.  
Más como el uno marchaba  
por las puertas del ocaso,  
y el otro, aunque paso á paso,  
por el Oriente llegaba,  
en la lid competidora  
fué vencido el que se hundía;  
vencedor, el que surgía  
con claridades de auroral  
Basta ya de fingimientos.  
¿A qué sufrir más enojos  
cuando á traves de los ojos  
se buscan los pensamientos?  
¡Yo sé desde tu niñez  
las bondades que atesoras,  
y te adoro!

LAURA

¿Que me adoras?

¡Repítemelo otra vez!  
¡Dime que no es ilusión!  
¡No me engañes! Lo prefiero.  
¡Porque, Carlos, yo te quiero

con todo mi corazón!  
¡Y soy amada por tí!...  
¡Alienta, pobre alma mía!  
¡Ya no mata la alegría  
porque no me mata á mí!  
¡No más los duros enojos  
de un silencio que me ahogaba!  
¡Dios mío, y no sospechaba!...

CARLOS

No, Laura, en tus ojos ví  
tu amor; más me confundía  
que aun amando á Rosalía  
me miraste siempre así.

LAURA

¡Porque yo siempre te amaba!

CARLOS

¿Allá en el pueblo?

LAURA

También,

y no tenía otro bien  
que mirarte... ¡y te miraba!

CARLOS

Pero, ¿cómo sospechar  
que amando yo?...

LAURA

Es un abismo

el corazón. Por lo mismo  
que amabas, te pude amar.  
Tú me enseñaste á querer;  
tú hablabas con Rosalía;  
yo te oía, y lo que oía  
fué despertando mi ser.  
Yo era muy niña, es verdad;  
era muy corto mi traje;  
pero tu extraño lenguaje,  
picó mi curiosidad.  
Seguísteis los dos hablando;  
el tiempo pasó corriendo,  
y fuí creciendo, creciendo,  
y fuí escuchando, escuchando.  
Ya no era curiosidad  
por oírte, era un delirio,  
y el oírte... era un martirio  
que calmaba mi ansiedad.  
Y me alejaba de allí,  
y tus frases repetía,  
y sentía... ¡que sentía  
que no fuesen para mí!  
Al cabo llegó un momento

en que noté, á mi pesar,  
que no podía borrar  
tu imagen del pensamiento;  
y bajo una fría calma  
sólo Dios oyó mis preces...  
¡hasta los ojos, á veces,  
eran cárceles del alma!  
¡Oh, pero ahora no!... ¡Ahora ya  
puedo mirarte dichosa!  
¡Te quiero tanto!...

CARLOS

¡Qué hermosa

eres, Laura!

(Cogiéndola una mano y besándosela, en cuyo momento aparece don Juan, y Laura, al verle, echa á correr avergonzada, después de decir.)

LAURA

¡Mi papá!

## ESCENA XIV

CARLOS y DON JUAN

D. JUAN

¡Miren, el señor ministro  
en qué cosas se entretiene!

CARLOS

Don Juan...

D. JUAN

Eso no se aviene  
al cargo.

CARLOS

Ahora no administro.

D. JUAN

Administra su excelencia  
besos...

CARLOS

Pero usted no sabe...

D. JUAN

¡Yo sé que el delito es grave!

CARLOS

Pues aguardo la sentencia.

D. JUAN

Pues fallaré sin tardanza.  
Circunstancias agravantes:  
No habermelo dicho antes,  
y abuso de confianza.

CARLOS

Atenuantes que harán mella  
en el juez. Son, á saber:  
Adorar á una mujer,  
y ser amado por ella;  
hacer tan sólo un instante  
lo saben, y estar resueltos  
á decirlo.

D. JUAN

Pues absueltos,

por no haber culpa bastante.  
Pero aún falta una cosa  
para que sea menor:  
que usted premie nuestro amor  
y me la dé por esposa.  
Creo poder afirmar,  
y afirmo en este momento,  
que usted me la da contento.

D. JUAN

¡Hombre, no te la he de dar!  
¡Te la doy con alma y vida!  
¡Sí, Carlos!... ¡Dame un abrazo,  
hijo mío!... ¡Si ese lazo  
era mi ilusión querida!  
¡No hay otro que más me cuadre!  
¡Ya sabes que siempre en mí  
has tenido un padre!...

CARLOS

Sí.

¿Qué más hubiera hecho un padre?  
¿A quién debo lo que soy  
si no á usted? Yo no lo olvido.

D. JUAN

Para mí siempre has valido  
lo mismo que vales hoy.

CARLOS

¡Oh, sí; nunca lo he dudado!

D. JUAN

Te la doy porque la quieres,  
porque os queréis; porque eres,  
sobre todo, un hombre honrado.  
Tu brillante posición,  
como pocas, ¿qué valiera,  
aun valiendo más, si fuera  
de cieno tu corazón?

CARLOS

Nada; la honradez es todo  
lo que hace valer al hombre;  
no es el nombre, puede el nombre  
arrastrarse por el lodo.

D. JUAN

Era mi constante afán,  
y muchas veces decía  
entre mí:—¡Cuánto daría  
porque se amasen!

CARLOS

¡Don Juan!

D. JUAN

Hoy, en este mundo vano,  
todo á capricho se toma,  
y no está bien la paloma  
unida con el milano.  
Mi Laura es almendro en flor,



- delicado como un niño...  
¡yo le traté con cariño!...  
¡trátale tú con amor.
- CARLOS Yo prometo hacerla todo lo dichosa que merece.
- D. JUAN Lo creo. Ya me parece veros, tras breve período de tiempo, unidos los dos... y como el árbol da fruto, si el amor paga el tributo que le ha señalado Dios, me daréis unos diablejos de sonrosados carrillos, que me aturdan... ¡Los chiquillos nos gustan tanto á los viejos! Y eso que aún tengo vigor. Debilidades humanas... ¡Son tan frías estas canas que necesitan calor!
- CARLOS ¡El calor de nuestros brazos!
- D. JUAN ¡Con cuánto placer te escucho!  
¿Y os queréis mucho?
- CARLOS ¡Si, mucho!
- D. JUAN ¡Buen par de picaronazos! Pero la deajo olvidada... Voy á ver á esa chiquilla... Ella es una tortolilla, y se ha marchado asustada. Voy á decirle al momento lo mucho que me complacen vuestros amores... ¡Si me hacen estar loco de contento! ¡Una oleada traidora deja mis pupilas ciegas!... ¿Qué dirían los colegas si me hubiesen visto ahora?
- CARLOS Nada; no deshonra al hombre derramar ese rocío.
- D. JUAN ¡Hasta después, hijo mío!  
¡Ya puedo darte ese nombre!  
¡Ah! Voy á la Presidencia. Hasta mañana, y ya sabes... Que esas cosas son muy graves; no se haga esperar vucencia.



ESCENA XV

CARLOS y ROSALÍA

- CARLOS Rosalía... ¿Quién diría,  
corazón, que la has querido  
tanto tiempo? Ni un latido  
tienes para Rosalía.
- ROS. ¡Ah, Carlos! ¿Salías?
- CARLOS Sí.  
Pero no porque tú vengas.
- ROS. Te ruego que te detengas,  
que te detengas por mí  
un instante. ¡Sabe Dios  
—que lee en mi pensamiento—  
que deseaba el momento  
de que hablásemos los dos!  
Deseaba—á solas—verte  
y darte la enhorabuena.  
Cree, Carlos, que me llena  
de satisfacción tu suerte.
- CARLOS Lo creo.
- ROS. ¿Lo dudas? ¡Ah!  
Olvidemos lo pasado,  
Carlos.
- CARLOS Lo tengo olvidado,  
lo tengo olvidado ya.  
¿El pasado?... Tabla rasa  
se hace del pasado al punto.  
El pasado... es un difunto  
que se olvida apenas pasa.
- ROS. Suele haber en nuestra historia  
difuntos que no se olvidan.
- CARLOS Pero los vivos se cuidan  
sólo de honrar su memoria.  
De lo que fué—si algo queda—  
queda un recuerdo, á lo sumo;  
y el recuerdo es como el humo,  
que parece que se enreda...  
mas, el viento lentamente  
el humo va disipando,  
y así el tiempo va borrando

- el recuerdo de la mente.
- ROS. ¡No siempre!... ¡que se complace el tiempo—en vez de borrar— muchas veces, en gravar nuestros recuerdos!
- CARLOS Eso hace...  
Eso hace también; que suele el tiempo, á veces—por justo— ser cruel, y tiene gusto en ahondar donde nos duele.
- ROS. ¿Sabes que ya no me caso?
- CARLOS ¿Que ya no te casas?... Pues, ó no ha debido el Marqués haber dado anoche el paso que dió, ó si lo consentiste con sobrada ligereza, —perdóname la franqueza— consentirlo no debiste.
- ROS. ¡Pues consentí! Contra toda mi voluntad consentía, y era tanta mi alegría al publicarse mi boda, ¡tanta!... ¡que poco después sentí el efecto del rayo, y casi me hizo el desmayo dar en tierra! Hoy el Marqués —aunque á todo me resigno— comprendiendo la verdad, me ha dejado en libertad.
- CARLOS Eso hace todo hombre digno.
- ROS. Sí, Carlos, sí, ¡ya lo sé!  
Pero, á mí, ¿qué me importaba el Marqués? Yo no le amaba.
- CARLOS ¿No le amabas? Y eso, ¿qué?  
¿No le amabas?... Pues, mejor.
- ROS. ¡No, Carlos!
- CARLOS Sí, Rosalía.  
El amor, ¿qué falta hacía?  
¿Qué te importa á tí el amor?
- ROS. ¡El amor es la esperanza!
- CARLOS La esperanza... Ese es el nombre.  
¡Permíteme que me asombre, que me asombre tu mudanza!
- ROS. ¡Carlos, fué una ceguedad;

me fascinó la riqueza;  
se me subió á la aabeza  
la estúpida vanidad;  
pero me faltó valor  
para dar á nadie el alma!  
En cambio, te sobró calma  
para asesinar mi amor.

CARLOS

ROS.

¡Perdóname, Carlos!

CARLOS

Sí.

ROS.

¿Quién se acuerda de eso ya?

CARLOS

¡Yo me acuerdo!

ROS.

¿Tú? ¡Quizá!

ROS.

¡Por Dios, no me hables así!

No merezco tu perdón...

pero escucha mis acentos.

¡Si supieras mis tormentos,

me tendrías compasión!

Escucha, Carlos. Por tí

fué mi cariño profundo;

pero me ví en el gran mundo,

tú estabas lejos de mí;

todo lo que yo iba viendo

llenó mi cerebro loco

de aire, de humo... y poco á poco

noté que se iba durmiendo

el amor que te tenía,

y que, del mundo al arrullo,

se despertaba el orgullo

con toda su tiranía.

Pero viniste. Al poeta

le aplaudió la corte toda;

te hiciste el hombre de moda

y fué tu suerte completa.

Siempre tu nombre escuchaba,

y al dar tu nombre en mi oído,

le respondía un latido

del amor que despertaba.

Luego, siempre te veía

con Laura... ¡siempre los dos!...

y sentía... ¡sólo Dios

sabe lo que yo sentía!

Luego... todo lo de ayer...

Pues, bien, Carlos, todo, todo

ha influido de tal modo



que tú podías morir,  
y que, loca, sin consuelo,  
y no por impulso vano,  
yo daba al Marqués mi mano  
para evitar ese duelo!  
¡Por tí me sacrificabal...  
¡Por eso al Marqués me unía!...  
¡Por tí, Carlos!... ¡No quería  
que tú murieses! ¡Te amaba!  
¿Me crees? ¡Aunque me llames  
ligera, sólo deseo  
que me creas!

CARLOS

Si te creo.

Si es muy justo que me ames,  
y que halles ya mi amor frío.

ROS.

¿Por qué?

CARLOS

Porque ya no te amo.

Porque oye mi alma el reclamo  
de otro amor.

ROS.

¡Laura! ¡Dios mío!

CARLOS

¿Y qué te puede extrañar,  
Rosalía? Tú—¿no es esto?  
me dijiste que *otra al puesto*  
y otra ocupa tu lugar.  
Pues, ¿qué creías? ¿que yo  
—en poca estima me tienes—  
á pesar de tus desdenes  
te amaría siempre? ¡No!  
Tú hiciste nuestro amor trizas,  
nuestro amor no... mi amor ciego.  
Tú misma apagaste el fuego  
y sólo quedan cenizas.

ROS.

¡No es posible!... No posee  
Laura...

CARLOS

¡Oh, sí! Tan hecha estaba  
á que fuese mi alma esclava  
de su amor, que no lo cree.

ROS.

¡No aumentes mi desconsuelo!...  
¡De rodillas te lo pido!

CARLOS

¡Sí; como el ángel caído  
de un cielo, que fué mi cielo!  
Adiós.

ROS.

¡No te marches!... ¡Ven!  
¡Por Dios, ten piedad de mí!







- ROS. ¡Calla, por Dios!
- MERC. \*¡Pero, mujer!...
- ROS. \*Fuí una necia,  
\*—coqueta de eterna fama,—  
\*y hoy que yo le amo, él no me ama,  
\*y ama á Laura, y me desprecia,  
\*y la coqueta mayor  
\*siente imposibles anhelos...  
\*¡la están matando los celos,  
\*y está muriendo de amor!
- MERC. \*Tú aun haces mucho papel.
- ROS. \*¿Qué me importa ya ser bella,  
\*mucho más que Laura, si ella,  
\*si ella es amada por él?
- MERC. Pero, chica, ¡qué arrebató!  
¿Quién había de pensar?...
- ROS. ¡Sí, que yo pudiera amar  
de un modo tan insensato!
- MERC. ¡Cálmate, hija! ¡Si alguien viene  
y te ve de esa manera!...
- ROS. ¡Oh! ¡Que piense lo que quiera!
- MERC. Disimulo... No conviene  
que conozcan tus agravios.
- ROS. ¡Sí, mamá, sí... tendré calma!  
¡Las lágrimas en el alma...  
pero la risa en los labios!  
Conque... ¡á reir, Rosalía!  
Que no lo conozca nadie.  
¡Es necesario que irradie  
en tu rostro la alegría!  
¡Cuántos, siempre en los salones,  
como tú fingirán calma,  
y llevarán muerta el alma  
y rientes las facciones!  
¡Por eso suenan á huecas  
más de una vez muchas risas!  
¡Por eso tantas sonrisas  
parecen horribles muecas!  
¡Ríe... pero cuida el son  
de tu risa!... ¡No te fíes!...  
¡No sonrías, si sonrías,  
con horrible contracción!  
Haz tu papel, arrogante  
como una actriz soberana...

Esta es la comedia humana.  
¡La máscara es el semblante!  
¡Y es necesario, infeliz,  
que sonrías!... ¡Oh, Dios mío!  
(Ensayando á sonreír, y rompiendo á llorar.)  
Ya vienen.

MERC.

ROS.

Pues ya sonríó...  
¡Admira, admira á la actriz!

## ESCENA XVII

DICHAS, LAURA, CONDESA, ALTAVIDA, Baroncitos COTO y SOTO  
y EL CRIADO, cuando lo indica el diálogo

MERC.

SOTO

Y ¿qué tal esa partida?  
¡Si con este es imposible  
jugar! ¡Es más irascible  
cuando pierde!

ALT.

COND.

¡Divertida!  
¡Muy divertida! Da gusto  
mirar las bolas correr

ALT.

Da gusto verlos... no hacer  
carambolas.

SOTO

COTO

¡Justo!  
¡Justo!  
Si con éste, ¡qué tontuna!  
no hay quien haga carambolas;  
deja de un modo las bolas...

SOTO

¿Sí, que tú?... No dejas ni una  
carambola, aunque te maten.  
Sin embargo, dos te llevo.

COTO

Sí; porque estaban de huevo  
á huevo.

SOTO

COTO

¡Vaya!  
¡Que te aten  
ya las bolas!

ALT.

¡Sabe Dios  
lo que juegan! Sí, señora.  
Habrán hecho en una hora...  
seis carambolas... los dos.

SOTO

COTO

¡Porque soy impresionable!  
¡Y yo, porque me impaciento!

- Te doy... ocho para ciento.  
ALT. Pues, ¡la vida perdurable!  
MERC. Déjenlo para otro día.  
SOTO Bueno, pero mano á mano;  
de ese modo sí te gano...  
COTO ¡Qué me has de ganar!  
SOTO ¡Podría! ..  
ALT. Juegan ustedes igual  
los dos. ¡Vaya! Y para ser  
tan jóvenes, á mi ver  
no juegan ustedes mal.  
SOTO ¡Cuándo tendré yo unas guías  
terribles! ¡Tengo una gana! (A Coto.)  
COTO ¡Ya verás! ¡Desde mañana  
me afeito todos los días! (A Soto.)  
COND. (A Rosalía, á quien se habrá acercado anteriormente  
como siguiendo la conversación.)  
Pero, hija, ¿cómo ha podido  
ser eso? La verdad es,  
Rosalía, que después  
de haberse anunciado, ha sido  
un golpe... La coincidencia  
pícara de aquel desmayo ..  
CRIADO Señor ministro, el lacayo,  
que está el coche de vucencia.  
CARLOS Muchas gracias. (Vase el Criado.)  
(Carlos sigue hablando con Laura, como toda la esce-  
na, hasta que lo indica el diálogo. La Condesa se  
acerca y habla á Altavida. Mercedes pasa al lado de  
Rosalía. Los Baroncitos siguen gesticulando en un  
extremo.)  
COND. (A Altavida.) Rosalía  
ya no se casa...  
ALT. ¡Que no!  
COND. Ya ve usted cómo salió  
todo lo que yo decía.  
¿Y á que vienen á parar  
esos coloquios en boda?...  
(Sañalando á Laura y á Carlos.)  
ALT. Pues va siendo un hecho toda  
la comedia de Aguilar.  
COND. ¡Ay, ojalá! Porque allí  
la Condesa al fin se casa.  
ALT. Sí; pero eso solo pasa

- en las comedias.
- COND. Y aquí  
¿por qué no?...
- ALT. Porque yo siento  
no atreverme todavía.
- COND. ¡Atrévase usted!...
- ALT. Sería  
en mí mucho atrevimiento.
- ROS. \*(A Mercedes, por Laura y Carlos.)  
\*¡Y tendré que contemplarlos  
\*siempre juntos!... ¡De ese modo!  
\*¡Ahora estoy sufriendo todo  
\*lo que hice sufrir a Carlos!  
\*Lo que el Marqués ha sufrido...  
\*y lo que todos los hombres  
\*—ya no recuerdo sus nombres—  
\*todos los que me han querido!  
LAURA \*¡Tan pronto! (A Carlos que se despide.)  
CARLOS \*No; a la hora crítica.  
\*Me están esperando allí.
- LAURA \*Que pienses un poco en mí,  
\*Carlos... más que en la política.
- CARLOS Voy al Ministerio. (A Mercedes, despidiéndose.)  
MERC. Bien.
- CARLOS Hasta mañana.
- ROS. Adiós.
- ALT. ¿Vamos,
- COND. Condesa?  
Sí. Nos marchamos  
ya.
- MERC. ¡Ya!  
SOTO Y nosotros también.  
COND. (A Rosalía, despidiéndose de ella.)  
Adiós, y ten confianza,  
como todas la tenemos.  
Las mujeres no debemos  
perder nunca la esperanza.  
Comprendo que estés nerviosa.  
Lo mismo, habiendo hecho el paso,  
estaría yo en tu caso.  
No es para menos la cosa.  
MERC. ¡No es para tanto!  
COND. Es bastante.  
No salgas.

ALT. (Despidiéndose.) No, Rosalía.  
COND. Que te alivies, hija mía.  
Toma tila... Algún calmante.

## ESCENA ULTIMA

ROSALÍA y después, cuando lo indica el diálogo MERCEDES,  
LAURA y el CRIADO

Ros. Condesa, ¡cuánta bondad!  
¡Qué castigo!... ¡Qué furor!  
¡Herida, herida en mi amor,  
y herida en mi vanidad!  
¡En mi vanidad!...—¡La herida  
de tu vanidad es nada!  
La de tu amor, ¡desdichada!  
¡esa te cuesta la vida!  
¡Mucho más! ¡Te cuesta ver,  
celosa, que el hombre amado,  
para siempre, enamorado,  
pertenece á otra mujer!  
¡Y tú, en tanto, tan amable...  
tan amable, Rosalía!  
¡No es posible! ¡Eso sería  
un tormento inacabable!  
¡Eso sería vivir,  
una vida horrible!... ¡horrible!  
¡Insufrible, sí...—¿Insufrible? ..—  
¡Pues la tienes que sufrir!  
¡Sí! Porque el alma está unida  
al cuerpo de tal manera,  
que hasta que el ruin cuerpo muera  
has de vivir esta vida!  
¡Y has de devorarla toda...  
¡toda!... ¡toda!... y de tal modo,  
que tendrás que estar en todo  
Rosalía, ¡hasta en su boda!  
Y después de su boda .. ¡Oh!...  
tendrás que verlos rendidos,  
siempre unidos... ¡siempre unidos...  
siempre juntos!...

(Sus ojos se fijan, casualmente, en una de las pano-



plias, y exclama, precipitándose á ella, y arrancando una daga.)

¡Ah!... ¡No!

(E hiriéndose en el pecho.) ¡NO!! (Todo esto en un arrebató, que queda encomendado al génio de la actriz, así como toda la escena hasta el final.)

¡Ay!... ¡Sangre!... ¡Me herí!... ¡Me herí!

¡Dios mío!

MERC.

(Entrando.) ¡Qué!

LAURA

(idem.)

¡Rosalia!

ROS.

¡Como Rosa... madre mía!

¡Como Rosa.. enloquecí!

¡Me asustaba la existencia!

MERC.

¡Qué has hecho! (Golpeando un timbre.)

ROS.

¡No sé... no sé!...

MERC.

(Al criado que aparece en la puerta del foro.)

¡Un médico!... ¡Pronto!...

CRIADO

¡Qué,

señora!...

MERC.

A la Presidencia,

otro, á buscar al señor.

ROS.

¡Un sacerdote!... ¡En seguida!...

(El criado sale corriendo.)

¡Acerté!... ¡Es mortal mi herida!

¡Perdóname este dolor

que te causó!... ¡Un beso!... ¡Fuerte!...

¡Es el último... quizá!

MERC.

¡No... Dios mío... Dios querrá!...

ROS.

¡No, no... prefiero la muerte!

MERC.

\*¡No, vive!

ROS.

\*¡Que viva!

MERC.

\*¡Sí!

ROS.

\*¡No sabes lo que me pides!

\*¡No me olvides... no me olvides...

\*y... reza... reza por mí!

\*¡La estrella!... La estrella vana!...

\*¡A la luz de unos blandones...

\*LA ESTRELLA... DE LOS SALONES...

\*ya no lucirá... mañana!

\*¡Para él la dicha... la gloria...

\*para tí... su amor querido...

\*para mí... muerte... y olvido!...

MERC.

\*¡No!

ROS.

\*¡Guarda tú... mi memoria!



\*¡Si no... en la nada me pierdo!...  
\*¡La coqueta... la coqueta,  
\*no merece... que el poeta...  
\*la dedique... ni un recuerdo!  
\*¡Laura!... ¡Laura!... ¡Le amarás  
\*mucho... mucho... lo proclamo!  
\*¡Pero dile... que yo le amo ..  
\*que yo le amo... mucho más!  
\*¡Dile que fué muy crüel...  
\*si muy justo... mi escarmiento...  
\*que mi último... pensamiento...  
\*ha sido para él... para él!  
\* Qué antes... de que eternos lazos  
\*os unieran .. he partido...  
\*que morir... he preferido...  
\*á verle siempre... en tus brazos!  
\*¡Sed felices!... Y ¡algún día...  
\*sin celos.. y sin rencores. .  
\*¡d los dos... á llevar flores...  
\*á la pobre... Rosalía!  
¡Adiós!... ¡Qué frío... qué frío...  
siento ya!... ¡La eterna calma!...  
¡Hija!...

MERC.

ROS.

MERC.

LAURA

¡Perdón... para mi... alma!...  
¡Per... dón... Dios... mío!..

(Cayendo de rodillas.)                      ¡Dios mío!

(Rosalía se alza con la suprema angustia y cae muerta )

FIN DE LA COMEDIA

## ADVERTENCIAS

---

La comedia puede terminar en la escena XVI del acto tercero, allí donde la costumbre del teatro ó la índole de la Compañía así lo aconseje, sin más que sustituir el penúltimo verso de dicha escena por este otro:

Pero... ¡al mundo!... Ya sonrío...

---

Donde la Compañía no sea tan numerosa, pueden suprimirse los periodistas, sustituyéndolos en lo posible Altavida y los Baroncitos. Todos los criados puede hacerlos uno solo.



# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los Sres. *Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los Sres. *Simón y C.<sup>a</sup>*, calle de las Infantas, 18, y del Sr. *Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.